

HEREDIA • CARTAGO • SAN JOSE • ALAJUELA • LIMON

•
G
U
A
N
A
C
A
S
T
E
J

•
P
U
N
T
A
R
E
N
A
S
J



REVISTA

DE

COSTA RICA

(PUBLICACION MENSUAL)

SUMARIO

- EL ISTMO AMERICANO. —
Notas de un primer viaje
en 1858. (Continuación).
—Traducción de..... *R. Fernández Guardia*
- COSTA RICA, SU OROGRAFÍA
e HIDROGRAFÍA. (Conti-
nuación)..... *Henri F. Pittier*
- LA POLÍTICA ECLESIASTICA
DE FRANCISCO MORAZÁN.
(Concluye)—Traducción de *R. Heliodoro Valle*
- RELIQUIAS EXISTENTES EN
LA IGLESIA DE OROSI.—
(Concluye)..... *Eladio Prado 222*
- EL ILMO. Y REVDMO. SR.
DON AGUSTÍN BLESSING. *La Dirección*
- Diego Peláez *Manuel J. Jiménez*

Año III

Nos. 8-9

SAN JOSÉ, COSTA RICA

ABRIL Y MAYO DE 1922

COLABORADORES:

Don Cleto González Víquez, don Ricardo Jiménez, don Manuel M. de Peralta, don Valeriano F. Ferraz, don Pedro Pérez Zeledón, don Ricardo Fernández Guardia, don Carlos Gagini, don Anastasio Alfaro, don Rafael Villegas, don Francisco Montero Barrantes, don Enrique Jiménez Núñez, don J. Fidel Tristán, don Alejandro Alvarado Quirós, don Claudio González Rucavado, don Gustavo Michaud, Monseñor Agustín Blessing, don Miguel Obregón, don Manuel Quesada, don Elías Leiva, don Luis Felipe González, don Matías Gámez Monge, don A. Esquivel de la Guardia, don Eladio Prado, don Lucas Raúl Chacón, don Hernán G. Peralta, don Ricardo Fernández Peralta, don Otón Jiménez.

REVISTA — DE — COSTA RICA

PUBLICACION MENSUAL

Número suelto 50 Cts. — Año ₡ 5-00

PRECIO DE AVISOS POR INSERCIÓN

UNA PLANA ₡ 12.⁰⁰

MEDIA PLANA ₡ 8.⁰⁰

ADVERTENCIA

Siendo el único objeto de esta Revista el de propagar toda clase de estudios patrios, la Dirección acepta y solicita cualquier trabajo que sea de la índole para el cual está fundada y dará su publicación si lo cree de interés general.

Toda correspondencia se dirige al Director

No se devuelven originales y los autores son responsables de sus escritos

BUEN NEGOCIO

TODOS PUEDEN FABRICAR JABON EN SU MISMA CASA

Una industria que no requiere capital

Fabricando jabón en su casa puede ganarse mucho dinero. Con 30 Pesetas pueden fabricarse 100 kilos de buen jabón. Un solo hombre puede fabricar 100 kilos en ocho horas de trabajo, sin emplear aparato alguno. Para fabricar un buen jabón es necesario emplear buenas materias primas y éstas se pueden comprar en todas partes, por estar puestas a la venta en esta república.

Para la fabricación de grandes cantidades podemos enviarlas desde nuestros almacenes con precios especiales para la exportación de pedidos de importancia.

Envíenos 25 Pesetas por giro bancario o postal y le remitiremos certificada nuestra FÓRMULA y componentes para la fabricación de jabón corriente.

INFÓRMESE DE NUESTRA FIRMA COMERCIAL

SEIJO & VALDÉS

EXPORTADORES e IMPORTADORES
LA CORUÑA (ESPAÑA)

Al hacer su pedido indique el nombre de la "Revista de Costa Rica"

¡SEÑORA!!! SEA USTED HERMOSA

Con nuestros productos **Dulcinea** desaparecen las arrugas que hacen que Ud. parezca vieja siendo joven.

Con nuestros productos **Dulcinea** conseguirá tener un cutis terso y sonrosado de perfecta belleza.

Con nuestros productos



Dulcinea conseguirá que desaparezcan las pecas, manchas y rojeces que afean su cara y será bonita.

Con nuestros productos **Dulcinea** sus senos adquirirán un completo desarrollo y su busto perfecto lucirá esbelto y será hermosa.

Mándenos por giro bancario o postal 20 Pesetas y le enviaremos certificados los productos **Dulcinea** y nuestro folleto ilustrado **LIBRO DE BELLEZA** que contiene consejos prácticos de higiene y belleza femenina.

La Coruña **SEIJO & VALDÉS** (España)
EXPORTADORES e IMPORTADORES

Agentes depositarios de la casa Scheidt & Reichard, de Koln (Alemania) de Perfumería en general

CONSTRUCTORES Y PROPIETARIOS

Con nuestra máquina a mano pueden fabricarse toda clase de tejas planas para tejado de corona, teja de encaje con listón de cierre y teja flamenca. No se necesita carbón. No se pagan transportes, se fabrican en la misma obra. Fácil manejo y gran potencia. Las tejas de cemento son impermeables e insensibles contra la intemperie. Su color no se altera.

Para 1000 tejas son necesarios 1600 kilos de gravilla y 550 de cemento. Un obrero puede hacer 45 tejas por hora. Para cada metro cuadrado de tejado son necesarias 16 tejas, que pueden ser de color rojo, gris, plata y negro. Pida nuestro catálogo.

Con nuestra máquina de moldes, de fabricación alemana, pueden fabricarse al pie de la obra todos los ladrillos necesarios para la misma.

Economía: Incluyendo el costo de amortización de la máquina, materiales y jornales, el metro cuadrado de muro cuesta 13 Pesetas.

Resistencia: Las pruebas de resistencia de los mismos fabricados con nuestra máquina se han hecho con una carga de 55120 kilos.

Producción: 4 obreros en 8 horas fabrican 17 metros cuadrados de muro. Gasto de fabricación: cada metro cuadrado contiene 13 ladrillos, cada bloque pesa 20 kilos. Para 200 bloques (17 metros cuadrados) se emplean: 1 metro cúbico de arena, 1 de gravilla, 300 kilos de cemento y el jornal de 8 obreros en jornada de 8 horas.

Precio de la máquina 5000 Pesetas franco puertos de esta República. Pida nuestro catálogo. Tenemos a la disposición de nuestros clientes una gran colección de proyectos de Chalets que resultan sumamente económicos y pueden fabricarse por el sistema de fabricación de nuestra máquina. La teja y los ladrillos no necesitan cocción.

IMPORTADORES SEIJO & VALDÉS LA CORUÑA, (ESPAÑA)
EXPORTADORES

Al hacer su pedido indique el nombre de la "Revista de Costa Rica"

De Mucho Interés

FABRIQUE VINOS ESPAÑOLES

Con 4 pesos, puede hacer 100 litros de vino español. No se necesitan aparatos y se pueden fabricar las clases siguientes: Rioja, Clarete, Castilla, Gallego, etc.

Remitanos 25 pesetas por giro bancario o postal y le enviaremos extracto de vino (enocianina) para hacer 1000 litros de buen vino, e instrucciones para su uso.

PIDA INFORMES DE NUESTRA FIRMA COMERCIAL

TENEMOS EXTRACTOS PARA TODA CLASE DE VINOS Y LICORES

SEIJO & VALDÉS

EXPORTADORES é IMPORTADORES

LA CORUÑA, Ciudad (ESPAÑA)

Revista de Costa Rica

(Publicación mensual)

AÑO III

SAN JOSÉ, COSTA RICA, ABRIL Y MAYO DE 1922

No. 8-9

Director Propietario: J. FCO. TREJOS QUIRÓS. — Ap. de Correo No. 950

El istmo americano Notas de un primer viaje en 1858

Por Félix Belly

(Traducción de Ricardo Fernández Guardia)

(Continúa)

25 de marzo.—*De El Muelle a San José.*—El suizo tenía razón. No podía yo imaginarme lo que es el camino de San José. Entramos en seguida en plena selva por un trillo de cazador apenas indicado, pero en cambio singularmente erizado de dificultades de todo género. Tres días de lluvia habían empapado la tierra arcillosa que agrietaba el suelo hasta quince o veinte pies de hondo. Figúraos entonces una serie de baches profundos escalonados en las dos pendientes de una montaña, en medio de árboles amontonados en el camino y de una vegetación tan compacta que era menester abrirse paso a machetazos. No se avanzaba así sino a costa de infinitos esfuerzos. Dichosamente las mulas reconocían su camino a pesar de los cambios sufridos desde la antevíspera, porque los árboles que caían atravesados o las ramas que brotaban en veinticuatro horas poco modificaban el trazo; pero yo, que sólo veía troncos resbalosos sobre pendientes, algunas veces muy escarpadas, no estaba exento de inquietud al principio. Esto no duró. Me entregué al instinto de mi bestia y me dejé conquistar sin reserva por el cuadro mágico de producción y de ruina sin cesar renovadas que se desenvolvía bajo mis pies.

En efecto, la naturaleza tropical me daba allí una muestra de sus audacias destructivas y de su eterna fecundidad. A la par de árboles gigantes, rectos y lisos como cucañas, que diez personas habrían podido apenas abrazar, yacían otros árboles derribados por su propio peso, que habían caído ayer e iban a convertirse mañana en polvo para suministrar nuevos alimentos a una savia inagotable. Así comprendía yo de una ojeada esa multiplicación maravillosa mantenida por su propia exuberancia, y esa constitución particular del suelo que debía la existencia a sus detritos sucesivos.

Los incidentes de un viaje tal como ése tenían que ser siempre los mismos: ramas parásitas arrancadas, extrañas flores cogidas al pasar, dos o tres serpientes matadas por mi guía como por distracción; pero lo que a pesar de

todo hacia que aquella fuese una mañana feliz, era esa atmósfera particular de las selvas vírgenes, formada de frescuras etéreas y de olores aromáticos, que me inundaba de tranquila voluptuosidad. De vez en cuando un ruido de aguas torrenciales dominaba todos los demás. Era el Sarapiquí, convertido en torrente y en catarata, al que siempre teníamos a nuestra izquierda contrariamente a las indicaciones de todos los mapas que yo conocía. Algunas veces hasta lo divisábamos, al través de los árboles desde lo alto de un acantilado a pique. Luego se apartaba el torrente en un recodo de sus caprichosas sinuosidades y la selva volvía a ponerse silenciosa como antes, fresca e inaccesible como siempre.

Dos horas hacia que caminábamos así; mis dos guías marchaban descalzos y tan a gusto como lo estaba yo sobre mi mula negra. Habíamos cruzado sin tropiezo varios riachuelos convertidos en torrentes, cuando de pronto se abrió ante nosotros una calvera anunciándonos la presencia del hombre en medio de aquellos dominios salvajes. La calvera estaba sobre una meseta en que los árboles derribados daban la idea de un campo de batalla recién abandonado. Una mancha de césped verde alegraba la vista tan sólo por ser plana y sin precipicios. En el extremo de la calvera, rodeada de un platanar, una choza de paja estaba envuelta en humo. De ella salió un hombre al oír los cascos de nuestras cabalgaduras. Era joven, tenía una cara hermosa e inteligente, y media docena de indios parecían estar a sus órdenes. Mi guía habló con él algunas palabras, tomó una carta que le dió y ya íbamos a seguir nuestro camino, cuando el dueño de la plantación me preguntó en español si quería tomar una taza de leche.

—¿Tiene usted café también?—le respondí.

—Sí.

—Entonces acepto.

Y heme aquí instalado, no en la primera cabaña, única que vi al principio, sino en una segunda, más lejana, que parecía ser la morada personal del amo. Esta cabaña estaba hecha con tallos de plátano y dividida en varios compartimientos, en uno de los cuales observé un catre de hierro sin colchón, pero con mosquitero. El propietario me acercó un sillón con el respaldo inclinado, como los que fabrican en los Estados Unidos y en Inglaterra. Por este detalle, el relativo confort de su habitación y la extensión de sus desmontes, ya sabía yo que me las había con un americano. Hasta había notado una pequeña biblioteca inglesa, lo que en vano se buscaría en el mobiliario de un hombre del país. Cuando nos hubieron servido el café, el joven se levantó y, dirigiéndose a una abertura de los compartimientos de su choza, dejó caer, a guisa de cortina para cerrar esta abertura, la bandera estrellada de la Unión americana.

—Este es mi país—me dijo;—soy yanki.

—Lo había adivinado—le contesté sin manifestar ninguna sorpresa.—Un centroamericano no habría podido crear una plantación como ésta.

—¡Es cierto! Sólo los Estados Unidos y los pueblos de Europa saben lo que vale el trabajo.

—¿Y desde cuándo está usted aquí?

—Desde hace dos años.

¿Y qué ha hecho usted?

—Tengo 10,000 cepas de plátano y 20 acres sembrados de cacao; dentro de tres años tendré una magnífica hacienda.

En seguida me preguntó si venía de Europa, y, al oír mi respuesta afirmativa, cuáles eran las últimas noticias. No me aventuré a hablarle de política, porque su pregunta principal era precisa:

—¿Se ha levantado un poco el comercio después de su última crisis?

Se quejaba mucho de la carestía del café. Concluyó por desearme un buen

víaje y compadecerme por el horrible camino que tenía que recorrer; luego nos dimos un apretón de manos y nos separamos tratándonos de amigos, conforme a la ingenua familiaridad del idioma castellano.

Así es la humanidad: ni buena ni mala; pero se acerca más a la bondad a medida que se aleja de los centros ficticios. Aquel hombre estaba orgulloso de su país y tenía razón; pero en Nueva York o en Nueva Orleans me habría tratado tal vez como a enemigo. En Nicaragua, dirigido por un Walker, habría llegado a ser un incendiario ardiente. En las selvas vírgenes de Costa Rica era un explorador pacífico de la civilización y acogía como a un amigo al viajero extranjero para quien los periódicos de su país no tenían bastantes denuestos y cóleras.

Al volver a mi camino obligado, no lo encontré mejor; pero estaba resignado a sus contratiempos y ya sólo me ocupé de sus bellezas. Sin demasiado trabajo llegué así a la primera estación fijada por mi guía, La Virgen, situada, lo mismo que El Muelle, a la margen izquierda del Sarapiquí, a cinco leguas de la colonia alemana. No era más que la una y yo habría querido ir de un tirón hasta San Miguel, cuatro leguas más allá; pero cuando así lo propuse a mi guía, éste alegó la imposibilidad de atravesar el Sarapiquí sin ser arrastrados por la creciente. Ya sabía yo que el paso del Sarapiquí era uno de los peligros del camino y me resigné. Por otra parte mi guía insistía sobre el punto de que yo era el amigo de un hombre considerado que había confiado en él para conducirme, y tuve que inclinarme ante una razón tan buena apoyada por una carta de M. Léonce de Vars a su «querido» Ramón Alvarado.

Al entrar en la única habitación de La Virgen, construída más o menos como la del americano, me encontré con un mulato desnudo de la cintura arriba. Era el amo de la casa. Tenía una mujer, mulata como él e igualmente fea, pero más blanca y notable sobre todo por sus pies desnudos, blancos y dignos de una peruana. A cada lado de la puerta principal había algo así como dos divanes de palmera cubiertos con un cuero de buey blanco y negro. Escogí uno para pasar la noche, ordené el asesinato y la preparación de una gallina que hizo un excelente caldo, y me fui a ver más de cerca unos guayabos y y algunos naranjos cargados de frutas, que llamaron mi atención, al pasar, por su bella apariencia.

Apenas anduve cien pasos hacia la selva, por una pradera normanda muy sorprendida de producir plátanos y zapotes, me llegó de nuevo el ruido de un torrente. Regresé a la casa y pregunté a mi guía dónde estaba el camino. Este se levantó sin decir una palabra, se fué en busca de su fiel machete metido en su vaina de cuero y echó a andar delante de mí para llevarme a donde yo quería ir.

—Pero ¿de qué le sirve a usted su machete para ir al Sarapiquí?—le pregunté riendo.

—Para el tigre—me contestó sin volver la cabeza.

—¿Cómo para el tigre? ¿Los hay acaso por aquí?

Instintivamente había yo acertado el paso. Sin embargo, el de mi compañero me hizo decidirme. Atravesamos una faja de selva que bajaba hacia el río y al cabo de algunos minutos encontré un torrente muy rápido, que corría sobre un lecho de rocas con una pendiente de 3 a 4 centímetros por metro. Estas rocas tenían todas esa forma redonda u ovalada que acusa una larga carrera por entré aguas desenfrenadas. Sin embargo el agua era muy clara y convidaba a bañarse. No pude resistir a la tentación y me quité las botas para lavarme cuando menos los pies. Don Ramón no se opuso y encontré tal bienestar en aquella agua corriente que bien me quedé en ella tres cuartos de hora. Cuando me hube vestido de nuevo pregunté a mi guía si había peces.

—Sí, hay caimanes.

—Más abajo, hacia el Río Sucio, ya lo sé; pero ¿allí donde me bañé?

—También los hay, pero más pequeños, tan sólo de este tamaño.

Y marcaba con sus manos una distancia de cinco o seis pies.

—¿Y atacan a la gente?

—¡Quién sabe!

¡Tigres, caimanes! Por un momento creí que se trataba de una broma, pero la seriedad de don Ramón desmentía esta suposición. Además, pensaba de qué manera magistral se las había entendido con las serpientes del camino, y me persuadí de que en resumidas cuentas todos esos peligros sólo existían en la imaginación, y de que con un buen machete y sangre fría, no era más de temer a un caimán que a una tortuga.

26 de marzo.—Cuando me levanté a las cinco, encontré el corral atestado de becerros, gallinas y pollitos que aguardaban su distribución matutina. Una docena de grandes bueyes y de vacas bermejas estaban echados en la pradera, a la par de cuatro potros sueltos. La selva trazaba un hemicírculo de grandes vegetales sombríos, alrededor de un bosque de plátanos más modesto, de color verde tierno. Una frescura, a la cual ya no estaba yo acostumbrado, 17 grados Réaumur, me hacía recordar las campiñas de Francia y los ruidos vivos de su despertar. Una hora después, el sol alumbraba este cuadro y tomamos el camino de San Miguel.

Cuando hubo que pagar el gasto de la víspera y el del día, porque acababa de beberme un gran guacal de leche, empezaron de nuevo las dificultades de El Muelle, en sentido inverso. En El Muelle, a cinco leguas de distancia, no quisieron aceptar la moneda de Costa Rica sino con un descuento de 20 p. c.; en La Virgen sólo conocían esta moneda y me tomaron un dólar y $\frac{1}{4}$ americano por diez reales. De modo que si me hubiesen transportado súbitamente a Aspinwall, donde el oro americano es el regulador, mi pequeño peculio de un peso me habría costado 40 p. c. de cambio.

Vi cargar los fusiles para el tigre. Esto era, pues, algo serio.

31 de marzo.—De La Virgen a San Miguel hay tres leguas, me dijo el guía, siempre por la margen derecha del Sarapiquí, sin encontrarlo nunca. Recorrimos esas tres leguas por un camino exactamente igual al de la víspera; es decir, detestable. Llegamos a San Miguel a las doce del día. Este lugar era, como siempre, una cabaña aislada en medio de una calvera de la selva. Allí dormí sobre un cuero de buey, como en La Virgen, y al día siguiente, a las siete de la mañana, estábamos en camino. La víspera había llovido desde las dos y también durante una parte de la noche. No había que esperar por lo tanto una mejoría. Sin embargo, estaba yo lejos de suponer toda la realidad de lo que me aguardaba. Esta vez ya no se trataba de atravesar sencillamente una selva virgen por entre los obstáculos de una vegetación exuberante: troncos de árboles derribados, redes de raíces inextricables, terrenos fangosos y resbaladizos y torrentes desbordados. Por entre esas mismas selvas, cuya masa compacta parecía estrecharse aún más había que escalar una cadena de montañas de altura desconocida y cuya garganta superior se ocultaba detrás de una espiral de valles ascendentes. Desde San Juan había observado ya varias veces esa cortina de montañas, pero en una lejanía vaporosa que la agrandaba todavía más. Sabía que era menester atravesarla para llegar a la meseta de San José; pero como yo suponía la existencia de un verdadero camino, entreveía el escalamiento más bien como un placer que como una fatiga.

Nos pusimos pues en camino Ramón, nuestras tres mulas y yo sin preocuparnos demasiado de las nieblas que envolvían la selva y de la lluvia intensa que nos amenazaba. Me habían advertido que iba a sentir frío en el camino y que sobre todo de noche tendría necesidad de varias mantas. Por consiguiente me vestí de acuerdo con esto, como si se tratara de subir a los Alpes. Era una precaución excesiva. La palabra *frío* no tiene el mis-

mo significado para los indios, que andan vestidos de unos calzoncillos y una camisa, que para nosotros cubiertos como lo estamos constantemente de ropas de paño. El *frio* de las montañas de Costa Rica no bajaba a menos de 15 grados Réaumur, y no era este precisamente el mal de que yo debía de padecer. En cambio, la realidad del camino sobrepujaba a todo lo que la imaginación podía inventar: una cuesta empinada, abrupta, entrecortada de troncos enormes o de raíces inextricables iba rodeando sucesivamente veinte cerros escalonados, al través de torrentes más o menos desatados, pero siempre peligrosos. El sendero no tenía más de pie y medio de ancho y a los machetes de don Ramón y de su muchacho no les faltaba que hacer. No caminábamos como en Europa sobre un suelo compacto apoyado en la roca. La capa de humus del Sarapiquí continuaba montaña arriba y la piedra sólo aparecía en forma de rocas redondeadas y sin adhesión entre ellas, como las que yo había observado en el río. De modo que cuando a una subida sucedía una bajada, la cuesta era tan resbaladiza que había que echar pie a tierra para evitar el vértigo. Confieso haber tenido dos veces esta flaqueza y me pareció absurdo arrostrar un peligro tan evidente. Después he sabido que todos hacían lo mismo y que rara vez se arriesgaban las gentes a cruzar a caballo los torrentes crecidos.

La primera vez que después de una subida laboriosa bajé hacia uno de esos torrentes rápidos, cuyas aguas mugidoras ocultaban sus saltos sucesivos bajo las bóvedas impenetrables de verdura, pregunté a nuestro guía el nombre de ese río misterioso y desconocido.

—El río Sarapiquí—me respondió.

Al cabo de dos horas llegamos a un nuevo río, o más bien a un nuevo torrente encajonado en márgenes a pique, tan ancho y peligroso que habían tenido que ponerle un amplio puente de madera para los animales y las gentes.

—¿Y éste cómo lo llama usted?

--El río Sarapiquí.

Ahora bien, de este modo atravesamos cinco o seis ramales que deben ser efectivamente las diversas fuentes del hermoso río que, según los geógrafos, crucé tres días antes a la altura del Río Sucio.

Por desgracia los puentes se habían derrumbado casi en todas partes, y en medio del estruendo del río naciente cuyas espumas blanqueaban de salto en salto, mi mula no se arriesgaba sin titubeos a poner el casco sobre una roca húmeda o en el lodo profundo; un solo paso en falso y estaba yo perdido sin remedio. El guía me confesó más tarde que hubo un momento en que tuvo miedo. Tan sólo me costó a mí el lance un baño de pies a caballo, inevitable por la profundidad del agua.

Pero a medida que iba avanzando en aquel camino quebrado, las magnificencias de la selva abrían ante mí perspectivas cada vez más grandiosas. El camino, que al principio era un sendero modesto trazado por la casualidad, había concluido por desarrollarse con regularidad por la falda de las colinas que subían como otros tantos peldaños hasta la meseta superior. Yo tenía entonces, de un lado, la montaña en gradería que me tapaba con sus sombras escalonadas, del otro, una pendiente casi a pique de cuyos árboles seculares sólo eran visibles las copas. Estas copas, siempre exuberantes, siempre amontonadas, no dejaban extraviarse la mirada a más allá de 50 pasos hacia adelante; pero cuando por casualidad se apartaba la cortina, cuando la pendiente se abría en forma de abismo sobre el camino, el precipicio llegaba a tales honduras, la selva que cubría todas esas montañas superpuestas se convertía en un manto tan espléndido, que ya no le pesaban a uno los esfuerzos hechos para llegar a tener este espectáculo. Desde las mayores alturas, los cerros inferiores, cubiertos de árboles tupidos de una altura de 130 a 140 pies, parecían sencillamente alfombras de musgo, y sus abismos habrían pasado com-

pletamente inadvertidos si el ruido lejano de los torrentes no los hubiese hecho adivinar.

El tercer día había llegado yo poco a poco a un trecho de camino bordeado de ambos lados por unas palmeras cuyas hojas se parecían bastante a las de la malva y eran grandes como un paraguas de familia, cuando mi conductor se detuvo ante otra caravana de tres mulas. Oí decir en español al jefe de esta caravana que el gobierno lo había enviado al encuentro de un francés. Y en seguida, dirigiéndose a mí:

—Creo que usted es el señor don Félix Belly.

—Precisamente.

—Pues bien, el señor presidente me ha encargado entregar a usted una carta suya y ofrecerle estas dos mulas.

Una de las mulas estaba ensillada, la otra era para el equipaje y ambas las conducía un criado.

El enviado se bajó del caballo, hizo que le trajesen un saco de cuero negro y de él sacó un gran sobre sellado que contenía una carta.

Era la respuesta del señor Mora, presidente de la República de Costa Rica.

.....
El portador de esta misiva afectuosa era un hombre bien parecido, de barba negra, que vestía una chaqueta redonda de jerga, un sombrero de paja de alas anchas y un par de botas que casi le llegaban al vientre. Cambiamos algunas frases de cortesía, me ofreció él una copita de coñac, que yo rehusé, y nos volvimos a poner en camino con cierta solemnidad.

El enviado se colocó delante de mí para cortar las ramas indiscretas y mi primer guía comenzó a darse cuenta de que yo no era un viajero de tantos.

No tardó en trabarse la conversación entre los dos jefes de la caravana. El correo del presidente contó que lo habían hecho venir a media noche al Palacio Nacional para ordenarle que saliese en la madrugada a mi encuentro. Yo debía de ser infaliblemente un hombre importante y había que tener por mí el mayor respeto.

El resultado de esta confidencia fué que el señor Ramón tomó un poco más en cuenta mi deseo de andar de prisa, y que en vez de pasar ese día en La Paz, como lo tenía resuelto al principio, estiró la etapa hasta legua y media más allá.

Al principio había creído yo que esta La Paz era una ciudad como la capital de Bolivia, o cuando menos una aldea, y ya estaba haciendo reflexiones sobre el contraste de ese nombre con los recuerdos de los lugares a los cuales se aplica; pero cuando después de atravesar un último río sin haber visto más que un rancho abandonado pregunté dónde estaba La Paz, me dijeron que era el río mismo. Por lo tanto La Paz es el primer río que se encuentra después del Sarapiquí y sin duda su primer afluente.

El lugar donde debíamos pasar la noche, al cabo de diez horas de subida, era un verdadero rancho. Seis pilares y un techo de palmas constituían esta posada centroamericana. El edificio estaba situado sobre una loma verde que dominaba el camino. No sólo estábamos en plena montaña sino también en plena selva. La niebla de las altas cimas llegaba hasta nosotros y las plantas parásitas de los grandes árboles nos ponían un muro de verdura por tres lados del cobertizo. En cuanto a los muebles consistían en un tronco de árbol labrado a hachazos que ocupaba todo el largo del rancho, pareciéndose bastante al diván de un barbero turco.

No cabía duda de que aquel tronco era el lugar de honor; lo cubrieron en parte con una manta y se me invitó a tomar asiento en él. Las mulas fueron descargadas y se las dejó en libertad en el bosque, las provisiones

se trajeron al diván y pronto hubo encendido don Ramón una gran hoguera a mis pies, entre cuatro piedras grandes que a menudo habían servido para lo mismo. Desde el punto de vista pintoresco estaba yo bastante satisfecho de mi nuevo albergue; no se podía pedir nada mejor en materia de estar a la rasa; se oían los gruñidos sordos de una especie de mono muy común en el país, que creo llaman *congo* y ruge como un león; todos los huéspedes de la selva podían fácilmente llegar a ser los míos, con sólo que de ello les diese la ventolera, y, como nos encontrábamos en plena región de las nubes, a 2.000 pies sobre el nivel del mar, estaba casi seguro de que durante toda la noche me refrescaría una lluvia fina y penetrante.

En efecto, la lluvia no faltó y todavía continuaba a la mañana siguiente, al despertar la caravana; pero nadie pensó en ella. El correo del gobierno había traído de San José algunas provisiones, entre otras un pollo asado y unos panecillos de maíz envueltos en harina. Todos se sentaron en torno de la hoguera sobre cueros de buey que más tarde debían servir de colchones. El pollo del gobierno y lo demás se trinchó a machetazos y yo vacié generosamente mi última botella de coñac en los guacales de los costarricenses. Ramón preparó café en un caldero viejo, lo azucaró con melaza negra, cortada como si hubiese sido un pedazo de chocolate, y obsequió a toda la concurrencia. Luego, cuando hubo llegado la hora de acostarse, es decir, después de la cena; los dos guías me prepararon una cama sobre el diván con una manta plegada en dos, y cada cual se durmió sobre su cuero de buey a los destellos intermitentes de las últimas llamaradas de la hoguera.

Por desgracia yo no pude hacer lo mismo; y no porque mi imaginación fuese presa de algún terror imaginario, sino porque la realidad del tronco de árbol me rompía las costillas y me lastimaba todos los miembros. De todas las fatigas de un viaje como ése, la más seria, la única seria para mí es el insomnio.

Estaba yo de bastante mal humor al incorporarme por la mañana todo maltrecho, en mi diván de palo.

—Sin embargo—me dijo Ramón—la señora de Vars durmió allí también hace seis meses cuando fué a Francia.

—¡Cómo! ¿La señora de Vars pasó por este camino?

—Sí, señor, y yo le hice café por la mañana como se lo estoy haciendo a usted ahora.

La señora de Vars es una costarricense casada con un francés, al cual había visto yo en París y volví a ver en una hacienda situada a una legua de San José.

El hecho afirmado por Ramón me parecía tan extravagante que me apresuré a esclarecerlo. Supe que la señora de Vars había atravesado en efecto las montañas del Sarapiquí, pero ni a pie ni a caballo. Iba sentada en una silla de brazos, provista de un apoyo para los pies, que dos hombres llevaban alternativamente a las espaldas. La seguridad del paso de aquellos hombres hacía que fuese soportable ese medio de locomoción; y esta era en verdad la única manera de viajar, no ya para una mujer, sino para una europea, porque las mujeres del país no gastan tantos remilgos. Yo había encontrado a dos en el camino, blancas y bonitas, que con los hombros y el pecho desnudos y la falda recogida hasta las rodillas, se habían metido valientemente en aquel dédalo de lodo, bajo la única protección del correo del Estado.

(Concluirá)

Costa Rica

Su Orografía e Hidrografía

Por el Prof. Henri F. Pittier

(Continúa)

c. El Maciso del Poás

En sus rasgos generales este Maciso se parece al anterior del cual está separado por la «Depresión del Desengaño», y cuya altura no alcanza enteramente. Con respecto a sus condiciones geológicas no se parece al «Barba» porque todas las rocas que se ven al pie del volcán, según los exámenes de Frantzius y según mis propias observaciones, parecen pertenecer al grupo de los basaltos, mientras que más al Oeste, se han encontrado solamente traquitos. Numerosos fragmentos de la misma especie se encuentran también entre los escombros de la cima, y por lo menos la parte principal de este Maciso está, con seguridad, formada de este material.

Como los antes mencionados Macisos, el Poás es también un complejo de cráteres de los cuales sólo uno demuestra señas de actividad. Lastimosamente la mayor parte de este grupo no ha sido explorado, con excepción de este último cráter y sus alrededores más próximos; de manera que la presente descripción debe ser muy resumida.

El punto culminante del Maciso es el volcán propiamente dicho, (2678 m.) de él se extienden varias ramas de importancia inferior: en el Norte la del «Cariblanco», cuya parte más alta está separada de la cima del Poás por el cráter actual; ella, se ramifica más entre los valles de «Sarapiquí» y el del «Toro Amarillo». En el Oeste una cresta cubierta de vegetación escasa une el Maciso principal con un centro que domina la depresión del «Tapesco» y que se levanta sobre una cordillera que corre en dirección meridional. En el Sur ésta se inclina entre los valles de Grecia y San Ramón; hacia el Norte se extiende, sin perder mucho de su altura, hasta el «Cerro de la Lagunilla», desde el cual otra rama separa el «Toro Amarillo» del valle de «San Carlos». Esta última parte está formada, según Frantzius, de piedra arsénica, cuya edad y cuyo origen aún quedan en la obscuridad.

Desde San José, el volcán Poás se parece a un «domo» plano sobre el cual un cono ancho y obtuso señala el lugar del cráter superior; en el Noreste, sobre el paso del «Desengaño» se ve el punto más alto de los «Cerros de Cariblanco». La parte baja del volcán, entre Alajuela (933 m.) y el Río Poás (963 m.), es muy quebrada e interrumpida por numerosos arroyos. «San Pedro de la Calabaza» (1) está situado sobre el primer terrado visible; sobre él se encuentra también el pueblo de «Barba» al pie del volcán del mismo nombre. La cima del volcán ocupa un cráter apagado, que forma un lecho de extraordinaria regularidad, que está por partes lleno por un lago de una superficie de poco más o menos de 10 ha., cuya agua está completamente limpia y fría y cuyo desagüe forma el «Río Angel» en el Noreste. Al Suroeste del cráter se encuentra otra vez la ceniza característica y «lapilli» que cubren los valles intermedios con una capa gris que se esconde bajo una capa delgada de humus. El cráter está al Noroeste del primero. Contiene

(1) «San Pedro de Poás».—N. de la D.

también un lago de extensión reducida cuyo nivel está situado poco más o menos 287 m., bajo el nivel del lago superior. Su agua es, al contrario del otro lago, muy sucia y caliente; su temperatura varía entre 39,1° (Frantzius 1860) y 64,2° (Pittier 1889) y está tan saturada de ácido sulfúrico que quema géneros y cueros y descompone los metales.

La apariencia de las paredes de este cráter que parecen una chimenea varía algo de un lugar a otro. En el Norte y en el Este son casi verticales y forman un semicírculo bastante regular de poco más o menos 150 m. de altura, en el lado Sur se levantan hasta la cima más alta en una pendiente empinada surcada por angostos y hondos barrancos. Desde el Oeste baja un valle pequeño, lavado por las lluvias, que tiene su origen en un desfiladero a una altura de 110 m.; en el lado opuesto se abre en otro barranco donde nace el río «Toro Amarillo». Se prevee que este río pronto absorberá el agua del cráter porque con excepción del lado Sur, a donde se encuentran de vez en cuando rocas escombrosas, el terreno se compone exclusivamente de ceniza y de arena fina, que ponen poca resistencia a las fuerzas erosivas. El volcán Poás pertenece a la especie de los «Geisers» con erupciones intermitentes de período irregular. Cuando ninguna neblina impide la vista de la superficie del agua se observa que en dos puntos, en el Norte y en el Sur, el agua parece hervir constantemente. En el lugar Norte se levanta de vez en cuando una inmensa columna de agua, cuya altura y duración cambia según el grado de actividad del volcán. En el año 1888 se levantó apenas 2 o 3 m. mientras que en el año 1889, en el tiempo de aquel período sísmico, se levantó ante mis ojos a una altura de más de 70 m. Frantzius da un intermedio de 10 minutos de una erupción a otra; en el año 1889 montaba de 15 a 19 minutos. Al Norte de este cráter grande está situado un tercero, arrimado al punto más alto de los «Cerros de Cariblanco». Derrumbes parciales y erosiones pluviales lo han borrado casi enteramente.

Los Cerros de los Guatusos

Desde la publicación del trabajo de Frantzius nuestros conocimientos relativos a esta parte de la cordillera volcánica han quedado estacionados, por lo menos en lo que se refiere a la región alta y a la pendiente Norte. El lado Sur ha ganado mucho en importancia por las minas de oro que se explotan allí.

Según las exploraciones del señor von Seebach, el pie de esta cordillera a lo largo del Golfo de Nicoya, está formado por rocas de cal sedimentarias, en cuya estructura se encuentran fósiles de vez en cuando, y por piedra arenosa que probablemente pertenece a la formación terciaria. Ahora tenemos más conocimientos de la «Depresión de Las Cañas» y de los ríos que nacen en ella. Sabemos p. ej. que los «Cerros de Guatusos» o de «Tilarán» se dividen en su punto terminal Noroeste en dos brazos paralelos entre sí, que están separados por el lecho del «Río de Las Cañas». El brazo Norte termina hacia la «Laguna de Tenorio», el del Sur con el «Cerro Pelón», un cono traquítico que ya ha sido señalado con el nombre de «Cerro del Río Frío» por el señor Frantzius, y como «Cerro de Costa Rica» por el señor von Bülow. Esta cima de la cual tenemos una vista amplia hasta el Océano Pacífico, ha sido visitada otra vez por el doctor K. Sapper en el año 1899.

La depresión «Las Cañas» al Este de la ciudad del mismo nombre y entre los lechos de los ríos «Las Piedras» y «San Carlos», ha sido explorada muy incompletamente, aunque parece ser destinada a jugar un papel muy importante como vía de comunicación entre las dos pendientes. El señor von Seebach estimaba la altura del paso en unos 150 m., lo que ciertamente no

es exacto porque según los trabajos de la Comisión del Ferrocarril intercontinental; la ciudad de «Las Cañas» ya está situada unos 140 m. sobre el nivel del mar. El Dr. Sapper dió, con motivo de su paso de «Las Cañas» al «Río Frio» y a la depresión entre las dos pendientes, una altura de 780 m., un dato que, sin duda, se acerca mucho a la verdad.

d. Los Cerros de Miravalles.- Orosí

Futuras exploraciones de esta parte más al Norte de la cordillera volcánica probablemente exigirán dividirla en dos o tres grupos bien separados, según su origen y su desarrollo. Hoy día nuestros conocimientos son demasiado defectuosos para hacerlo. Una depresión fuerte por la cual pasa uno de los afluentes del «Lago de Nicaragua», separa los volcanes «Miravalles» y «Tenorio» del «Rincón de la Vieja» que está separado de la cordillera de Orosí por un número de cimas redondas las cuales vistas desde lejos parecen a una cumbre oleada. Yo nunca he visitado estas montañas, y los datos que aquí doy los he tomado de las publicaciones de Scherzer, Wagner y von Seebach.

Si se contempla el «Tenorio» del lado Sur hace, según von Seebach, la impresión como si el volcán se levantara sobre un terrado o un zócalo, un hecho que ya he mencionado al hacer la descripción del Turrialba. La cima tiene la forma de una cúpula esfondada sin rastro alguno de cráter. A pesar de esto es un verdadero volcán cuya forma original ha sido destruida por las erosiones atmosféricas, de manera que hoy día tiene la forma de un cono cerrado, (denominación incorrecta, pero usada). Hacia el Este una rama se introduce entre los lechos del «Río Frio» y del «Río Arenal».

Según el mismo autor el «Miravalles» forma el término Noroeste de un brazo secundario que se arrima a la cordilla principal que se dirige del Suroeste al Noroeste. Visto desde el Oeste hace la impresión de un cono casi regular con una punta doble debajo de la cual se distingue claramente un hundimiento en forma de embudo. De este lado las pendientes son empinadas y cubiertas con torrentes de lava irregulares, antiguas y traquíticas.—Como he indicado anteriormente, un ancho valle separa el Miravalles del volcán «Rincón de la Vieja» o «Cuipilapa», cuya cumbre ha sido escalada por el señor von Seebach en el año 1865. Según sus observaciones esta montaña es una cresta larga que va aumentando en altura hacia el Noroeste, y el único de los volcanes de Guanacaste que parece haber estado en actividad durante la segunda mitad del siglo XIX. En el año 1851 los señores Scherzer y Wagner lo vieron echar humo; en el año 1863 se levantó del cráter, durante tres días, una columna de humo espesa y negruzca, que era probablemente mezclada con cenizas y arena. En el año 1865 el único cráter reconocido por el señor v. Seebach como tal, ya estaba relleno parcialmente por erosiones pluviales y midió todavía 400 a 500 m. de diámetro, por poco más o menos 30 m. de profundidad.

En el término Noroeste de la cordillera volcánica se levanta un grupo final de cimas entre las cuales sobresalen el «Gongora» (1499 m.) y las dos cumbres del Orosí (973 m.). Como verdadero punto final de la cordillera se puede considerar el «Cerro de la Hacha» (614 m.) que está situado hacia el Noroeste, desde el cual otra cumbre más baja se dirige hacia el «Cerro de la Cruz» (387 m.) este último está situado en el rincón Este que forma el «Río Sapoá» junto con la rivera del Lago de Nicaragua.

La Cordillera de Talamanca

Como he dicho, esta cordillera difiere de la anterior por su curso continuo desde la Meseta Central hasta el «Cerro Pando» de manera que se parece a un muro alto de más de 160 km. de largo y coronado de picos elegantes formando la línea divisoria entre las aguas de las regiones de los dos océanos. La falta absoluta de incisiones definidas no permite ninguna clasificación en grupos bien limitados o cadenas.

La cordillera empieza en el Sur de la Meseta Central cerca de los cerros de la «Candelaria» con los dos núcleos del «Iscazú» y «Dragón» que están formados de rocas eruptivas antiguas; estos se levantan en medio de formaciones más nuevas que son en parte de origen sedimentario y en parte volcánicos. El primero parece continuar hacia el Noroeste sobre los «Cerros del Aguacate» que son famosos por sus minas de oro, y que forman, parecidos a la «Carpintera» un eslabón entre la cadena del Norte y la del Sur. Las capas de lava basáltica que bajan del Poás llegan al pie del «Iscazú» y las fuentes calientes de «San Antonio» «Santa Ana» «Orosi» y diferentes puntos de la «Candelaria» y «Dota», que salen de escorias más o menos sueltas, nos demuestran la parte activa que los volcanes han tomado en las últimas evoluciones de esta comarca. Además esta parte del país está intercalada por una o más capas de depósitos sedimentarios, las más antiguas de las cuales (cal de Patarrá) son talvez de origen gredoso: parece que juntan las dos zonas costeñas. Los cauces de la Candelaria y Dota, con sus hondas quebradas y el gran número de valles pequeños que surcan sus pendientes, nos dan una buena muestra de una región que todavía no ha recibido su modelaje final. Sus aguas corren hacia el mar atravesando barrancos angostos y torcidos, cuyas paredes desnudas se transforman continuamente a causa de la eroción incesante y también por derrumbes.

Las tres cordilleras que atraviesan la región descrita, se juntan en el «Cerro de las Vueltas», con el cual empieza la verdadera cordillera alta. Más lejana y separado de él por el valle del «Ojo de Agua» se levanta poco a poco la cresta dentellada del «Buena Vista», cuyo punto más elevado podrá ser el «Cerro de la Muerte». Las rocas desnudas que forman la parte más alta de esta cresta son duras y compactas, y tienen la apariencia de gneis y granito, en su vecindad, sobre «La Cruz del Obispo», en el sendero de «Cabagra» hasta Talamanca y también cerca del «Kamuk» o «Pico Blanco». Aunque forma una parte de la cordillera principal, esta cima elegante está situada un poco hacia el lado Norte del eje general de la cordillera, sobre un lomo situado algo lateralmente de ella. Está situado más hacia los valles del «Ararí» y del «Uren» de los cuales baja en pendientes empinadas casi verticales de más de 1000 m. de altura. Es esta cordillera elevada y majestuosa la que dá a esta parte de Talamanca el carácter de una grandeza rígida y salvaje. Enseguida del «Tamuk» la cordillera se ramifica: una rama corre hacia el Este y termina cerca del «Roval», mientras que la rama principal, que tiene el nombre de «Cerro Pando», se junta con el volcán Chiriquí, al otro lado de nuestros límites.

De la cordillera de Talamanca se desprenden varias ramas secundarias hacia el Norte, las cuales se ramifican entre los grandes rios de este lado y entre sus afluentes. Las ramas más importantes por su altura son las que, viniendo del «Chirripó Grande» lo ocultan casi enteramente a la vista de este lado. No es siempre posible definir sus puntos de salida con exactitud, porque no ha sido explorado aún, y probablemente jamás ningún pie humano lo ha pisado. Para los indigenas es la morada de espíritus temibles, y en

tiempos anteriores se han acercado a él únicamente para atravesar un sendero rudo, el paso que une este grupo con el «Cuerizo» y que está abandonado hoy día; sus pendientes quebradas hasta ahora se han opuesto a todos los esfuerzos de los blancos. La masa principal de este grupo, que es también el más alto de Costa Rica queda casi completamente oculta del lado atlántico, mientras que, vista del Oeste, forma un objeto prominente.

Hacia el Este la cresta pierde algo en altura y al otro lado de la bonita «Pirámide del Durica», que el señor Gabb llama equivocadamente «Ujum», baja otra vez considerablemente y forma un paso que atraviesa un sendero usado únicamente por los indígenas de «Buenos Aires» a «Cabecar». Aquí hemos encontrado, de una pendiente hasta la otra, areniscas sedimentarias y fuertemente metamórficas, interrumpidas por diques basálticos y de venas de cuarzito que probablemente contienen oro; más abajo solamente a lo largo del «Lori» se encuentran rocas cristalinas. Estas se hallan también sobre la cima de la cresta principal inmediata, y en la pendiente del Sur; a lo largo del sendero áspero que conduce de «Santa María» al «General» el terreno está cubierto con fragmentos traquíticos iguales a los que he encontrado en el «Cerro de las Vueltas» con rocas cristalinas. Entre el grupo «Buena Vista» y el del «Chirripó Grande» está el lomo del «Cuerizi», llamado así por el pico que le sobresale, del cual corren los ríos «Buena Vista» y «Macho» en dirección opuesta. Con el «Chirripó Grande» la cordillera adopta el carácter de montañas altas con sus picos elegantes, sus poderosas masas de cumbres y sus crestas quebradas; no falta más que la capa blanca de nieve y el plano azulejo y brillante de un ventisquero para hacer más conspicua su semejanza con muchos puntos de los Alpes y de los Andes de la América del Sur. En el principio la cresta principal corre con bastante regularidad del «Cuerizi» hacia el Sureste, se eleva súbitamente, se divide y la vista se pierde entre un enredo de cumbres. Este es el verdadero «Chirripó Grande» el «Mount Walker» de los Americanos. De este grupo que según los mapas del «Ranger», se eleva a 3784 m., pero cuya altura según mis propias observaciones es de 3810 m., carecemos completamente de informaciones respecto a la parte más elevada. En sus pendientes se encuentran, hasta muy arriba, las formaciones terciarias del valle del «Reventazón», que se levantan de la capa traquítica que parece cubrir toda esta pendiente. Un sistema de cerros paralelos, de los cuales los exteriores por lo menos son cuaternarios, se extiende entre el río «Chirripó» y la «Punta Mona». («Monkey Point»). Costas antiguas y empinadas se encuentran casi sin ninguna interrupción desde «Cahuita» hasta el «Río Blanco» y en el fondo de los pantanos de la costa se ven en varios lugares rocas de coral de origen más nuevo.

En el lado Sur las ramificaciones de la cordillera de Talamanca son menos numerosas y menos importantes; a su desarrollo se opone el gran cauce del «Diquís» que se extiende a su pie, y en el cual predominan las areniscas y los conglomerados que cubren también una parte de Talamanca.

c. Las Planicies del Norte

Antes de empezar sus exploraciones la comisión a la cual habían sido confiados los estudios preliminares para el canal de Nicaragua por el gobierno de los Estados Unidos se podían hacer conclusiones sobre la existencia de un Estrecho que unía los dos océanos al fin del período terciario, allá donde actualmente se extiende la parte baja del «Río San Juan» — según las superficiales exploraciones geológicas anteriores. Pero las exploraciones del geólogo americano C. Willard Hayes, nos han indicado claramente que el

asunto había sido distinto. Ahora es seguro que aquella conexión ha tenido lugar en otra época y talvez en otro lugar.

Esta comunicación de los dos océanos parece estar bastante comprobada por haberse encontrado varios moluscos pertenecientes a la fauna del Pacífico en las formaciones más nuevas de la pendiente este del istmo. La depresión del «San Juan» nos ofrece uno de los mejores ejemplos conocidos de la apropiación de las aguas de un cause por otro, además que se trata aquí de la victoria del océano Atlántico sobre el Pacífico, causado por la dislocación de la cordillera continental hacia el Oeste.

La situación de la cordillera que antes unía la «Cordillera de Costa Rica» con las montañas de Chontales y al mismo tiempo separaba los dos océanos, está todavía indicada por numerosas colinas basálticas, que están separadas unas de otras por quebradas angostas entre los ríos «San Carlos» y «Frio.» Esta cordillera que antes debe haber sido mucho más poderosa que sus restos actuales, ha sido disminuida por erosión; el material de que estaba formada se repartió en las dos pendientes, y se formó una llanura ondulatoria, cuyos valles llegaron a ser tanto más hondos cuanto se aumentó la altura del terreno en toda la región. Luego entró otro periodo de hundimiento: se ha formado el barranco del «San Juan» entre «Castillo Viejo» y «Ochoa;» los valles más importantes se rellenaron y en su lugar se formaron grandes llanuras fluviales.

En el Sureste, en la costa Caribe de Costa Rica, se encuentran también señas de alteraciones del nivel, la última de las cuales parece haber sido positiva.

Los depósitos llenos de fósiles cerca de Limón y en las costas vecinas parecen indicar la existencia de colinas o arrecifes que están inscrustados en las formaciones más nuevas. Todavía más al Sureste, hacia «Old Harbor,» se encuentran escollos de formación terciaria entre el mar y la arenisca cuaternaria que los cubría antes.

Las Llanuras de las Costas del Lago de Nicaragua

Los lagos de Nicaragua de Managua y los otros pequeños que están situados entre estos y el Golfo de Fonseca, son los últimos restos de una bahía del Pacífico que antes cubría toda esta región, adonde hoy se eleva la cordillera volcánica de los «Marribios.» Parece que esta cordillera, al levantarse, empujó las aguas del cause anterior que se formó por este proceso hacia el Suroeste, de manera que el «Lago de Nicaragua» actual cubre por gran parte una llanura que antes fué surcada por los ríos que desembocan en la bahía original, y que han perdido mucho en importancia.

De las llanuras aluviales, formadas por los ríos que corren del término Noroeste de la «Cordillera de Costa Rica,» no queda más que una faja angosta, pantanosa, que se encuentra a lo largo de la rivera Sur del lago y las llanuras que se pierden poco a poco en los valles principales. Estos no han sido explorados aún, con excepción del valle del «Río Frio,» que parece ser el más extendido. La mayor parte de la región costeña es inaccesible a causa de los pantanos y charcos que la cubren tan pronto como el nivel del lago se levanta sobre su altura normal.

Las Llanuras del «San Juan»

Estas son muy montañosas en su parte Oeste que estaba antes ocupada por la loma continental, y en toda su extensión se levantan de vez en cuando cerros de origen volcánico, y restos de cordilleras considerables que el lavado no ha podido destruir completamente. Sólo una parte de los cerros que hemos denominado «restos de la loma continental,» son de la misma naturaleza pero como lo ha demostrado Hayes, ellos representan casi todo lo que queda del «Peneplain» (1) original.

La parte plana de las llanuras se levanta un poco hacia los ríos principales, porque estos arrojan masas mayores que los ríos de menos importancia. La consecuencia es que su curso inferior a menudo es pantanoso o forma charcos parecidos a los que se encuentran de vez en cuando a lo largo del «San Juan». Al lado de la cordillera el nivel general se levanta imperceptiblemente hasta el pie de la primera colina. Esta región está casi totalmente cubierta por bosques y se puede considerar como «Terra incógnita» (tierra desconocida), con excepción de la zona vecina al río, en lo referente a los detalles topográficos.

3. Las Llanuras del Atlántico

Las llanuras del Atlántico forman una faja entre el Mar Caribe y las montañas del interior, cuya anchura es mayor en su parte media que en sus finales y está interrumpida casi completamente, en algunas partes, por colinas costeñas. Estas llanuras abrazan una gran zona costeña que colinda con el mar, y una zona formada por aluvión entre la anterior y las primeras colinas. Entre el borde exterior de la zona costeña que está ligeramente levantado por los residuos del Reventazón y del mar, conocido con el nombre de «Faja Costeña» (en francés «Cordón litoral») y la zona del terreno formado por aluvión donde se nota claramente la pendiente, se extiende un valle que está generalmente ocupado por un pantano (francés «Marigot») que corre paralelo a la línea costeña, o por lagunas de agua salada, o por malezas inaccesibles, de las cuales tenemos que ocuparnos más tarde.

Como lo dice Hayes, las llanuras del Atlántico se han formado principalmente por los deltas de los ríos que desembocan en el mar Caribe. Ellos alcanzan su mayor anchura hacia el «San Juan» y se aminoran poco a poco, hasta que desaparecen enteramente entre Moin y Limón. Estos deltas aparecen otra vez más allá de este último puerto adonde el «Río Banano» y el «Río Estrella» depositan año tras año una gran cantidad de material formado por aluvión. Entre «Cahuita» y «Punta Mona», en toda la región donde terminan las colinas costeñas, dichos deltas están representados únicamente por una faja insignificante, mientras que se desarrollan otra vez considerablemente en el lado Este de la costa costarricense, como consecuencia de dos ríos importantes, el «Tarire» y el «Tararúa», que desagüan las montañas altas de esta región. Nos ocuparemos más de cerca de estas formaciones en el capítulo dedicado a la hidrografía.

d. La Región Costeña del Pacífico

La costa del Océano Pacífico es mucho más desarrollada que la del Atlántico y la topografía de la zona continental vecina es también considerablemente más variada. Los dos valles grandes del Guanacaste y del Diquís

están paralelos a la zona costeña y separados de ella por colinas de más o menos altura. Una tercera pendiente, parcialmente ocupada por el «Golfo de Osa», corre en la misma dirección de la «Bahía de Guarumal» hacia la «Bahía de David» y separa las cordilleras de Osa y Burica. Por otro lado forman la llanura de «Tárcoles», los deltas del «Pirris» y del «Paquita», del «Naranja», del «Savegre» y del «Diguís», llanuras costeñas que se abren directamente hacia el océano, cuyas aguas se estrellan sin cesar contra una costa poco hospitalaria.

1. Nicoya y El Guanacaste

La pendiente del Guanacaste abraza el «Golfo de Nicoya», el cauce inferior del «Tempisque» y se extiende hacia el Noroeste hasta la bahía «Culebra». Lastimosamente nuestros conocimientos de la geología de esta región son tan deficientes, que no es posible arriesgar una hipótesis sobre su historia. Parece que la península de Nicoya y talvez los principales grupos de cerros en el Noroeste estaban todavía separados de la tierra firme en una época relativamente nueva. Alrededor de las bahías de «Salinas» y de «Elena» yo encontré en todas partes capas de areniscas, conglomerados, pizarra y escombros volcánicos que pertenecen, sin duda, a las formaciones llamadas «Brito» por Hayes y que son contadas entre las formaciones terciarias por este mismo autor. Parece que estas rocas contienen rara vez restos orgánicos. En las areniscas de «Conventillos» no he encontrado más que un solo fragmento fósil que pertenecía a un tallo monocotiledóneo. Los «Cerros de Catalina», y los «Cerros Gordos», que el señor von Seebach ha examinado, están formados de cal que, según Sapper, aparece también en la península de Nicoya a lo largo del golfo de igual nombre, mientras que las cordilleras más altas al lado del Océano Pacífico son de rocas eruptivas más nuevas, o de rocas volcánicas, según las noticias inseguras que he logrado obtener. El Golfo de Nicoya que hacia el Suroeste forma la prolongación del valle del Tempisque, tiene una inclinación a enarenarse. El lado Oeste encierra el cañal más hondo. La desembocadura del Tempisque y la parte encerrada entre las islas «Chira», «Venado» y «Bejuco» contienen pozas que rara vez exceden de 3 m.

2. Cerros y Llanuras Costeñas

El «Cabo Herradura», que domina en el Este la entrada al Golfo de Nicoya está rodeado de peñascos altos, los cuales he podido examinar en la desembocadura del «Quebrada de las Agujas». Están formados por capas de rocas bien colocadas que son ricas en petrificaciones, entre las cuales predominan los bivalvos y turritelas. Los cerros del rededor que alcanzan su mayor altura en la cima del «Monte Herradura» (893 m.) pertenecen, sin duda, a la misma formación, lo mismo que las que corren hacia el Este hasta el «Río Pirris» y dejan entre ellos y la costa las llanuras del «Tusubres» y del Pirris. Estas llanuras terminan en la península de «Quepos», en otro grupo de cerros donde aparece de nuevo la cal de Nicoya con numerosos fragmentos de calcedonia en sus endaduras. A su pié se ven capas de brechas cuyo material parece ser de origen volcánico. Me han asegurado que se han encontrado en estos mismos cerros capas incrustadas de carbón; talvez esta formación se parece a la de Patarrá, en cuya vecindad se ven también capas de carbón fósil malo en medio de cal granosa. Los cerros situados entre Naranja y Savegre son decididamente terciarios y demuestran en varios puntos las pizarras, areniscas y conglomerados de las formaciones «Brito».

Aunque la cordillera costeña no es, sin duda, nada más que la continuación de una cordillera que viene del Oeste y está unida con la cordillera grande en sus ramas principales, empieza a ser cordillera independiente entre los ríos «Savegre» y «Pacuare», y concluye súbitamente en el «Río Chiriquí Viejo». El núcleo de esta cordillera está formado de piedras calcinosas de fácil descomposición, que contiene abundantes conchas en varios puntos, (p. ej. en el Río Naranjo), pero en otras partes es más firme y rico en petrificaciones. En la barranca del Diquis, entre «Lagarto» y el «Palmar» se ve una bonita anticlinal formada por cal sólida, la cual se encuentra también en varios puntos más al Este.

Hacia las alturas, al lado de las cordilleras, la mayoría de las capas superiores está formada por areniscas gruesas, pizarra o conglomerados. Pasando los cerros que acompañan la orilla derecha del Diquis, entre la desembocadura del «Pacuare» y «Caracol» se encuentran areniscas, pizarras y escombros de origen volcánico, y en varios puntos se hallan también diques basálticos. Las pendientes del lado Este de la cordillera están formadas por partes de piedras calcáreas, pero en la cascada del «Río Agua Buena» hay piedras cristalinas seguidas por basaltos, que parecen descansar en bases fuertes de cal gris en las cuales he encontrado un pedazo de bivalva.

La cordillera de la costa no es continua, sino que está formada por eslabones más o menos empinados, de posición paralela entre ellos mismos, y corren también paralelos a la cordillera grande de la cual están separados por el cauce del Diquis. Entre el Savegre y la barranca (quebrada) del Diquis se hallan las cimas principales del «Alto del Zapote» (1277 m.) y del «Alto del Zacatal» (2121 m.). Al otro lado de la quebrada se levanta la cordillera todavía más y alcanza cerca de las fuentes de la «Quebrada de Java» casi 1500 m. En toda su ruta no forma ningún valle de consideración con excepción del ya mencionado valle del Diquis que corresponde a la parte transversal de este río entre «Paso Real de Terraba» y el «Palmar de Boruca».

El Delta del Diquis, el más importante de esta costa forma el istmo que une la península de Osa con la tierra firme y está separado de la bahía del mismo nombre solamente por algunos cerros aislados, entre los cuales las aguas han tenido que abrirse paso todavía en una época relativamente nueva. La parte de la llanura más vecina a estos cerros está cubierta por los grandes pantanos del «Sierpe» y surcado por numerosas grietas por las cuales la marea se levanta hasta la cordillera costeña. Otra llanura también cubierta de pantanos, de la cual tenemos que hablar más adelante, se extiende entre el Golfo de Osa y el río «Chiriquí Viejo».

3. Las Penínsulas de Osa y Burica

La parte anterior de la primera, que está cubierta de montañas que alcanzan una altura de más de 600 m. en sus picos más altos, nunca ha sido explorada. Vista desde la costa la parte entre la «Punta Llorona» y la «Bahía de las Agujas» parece ser un «*Penepplain*,» cuya superficie casi no ha cambiado desde su elevación; el mapa del «*Ranger*» (2) supone al Sur de esta clase de meseta una gran llanura a través de la cual corren los ríos «Sirene» y «Corcobado.» El final de la península está cercado a cada lado de una estrecha llanura costeña, con excepción del «Cabo Matapalo» a donde los cerros empinados derivan directamente al mar. Las formaciones geológicas que yo he observado en la región de Santo Domingo son, sin excepción, areniscas de estructura granosa y colocadas en capas horizontales.

De la península de «Burica» tampoco no sabemos mucho. Una cordillera más o menos continua empieza en su punta Sur (Punta Burica) y se eleva en

gradas hasta el «Pico de Burica» (709 m.) adonde se une con la rama transversal, llamada «Cordillera de los Carrones.» Las formaciones geológicas deben ser las mismas que las de la península de Osa. Cerca del «Pico de Burica,» en la pendiente Norte, he encontrado areniscas que eran en algunas partes suaves, en otras duras y que contenían restos orgánicos de un período más reciente.

(1) La palabra «*Ranger*» es el nombre de un buque de guerra norteamericano, cuyos ingenieros hicieron un mapa de C. R. desde la costa.

(2) La palabra «*Peneplain*» es desconocida por mí y por varias personas conocedoras de la materia a quienes consulté. Por lo que significa se puede traducir por «meseta»—*N. de la T.*

(Continuará)

La Política Eclesiástica de Francisco Morazán y de otros Liberales Centroamericanos.

Por Mary Wilhelmine Williams

(Traducido del inglés por Rafael Heliodoro Valle)

(Concluye)

Las capturas fueron hechas en la noche del 10 de Julio de 1829. Los criados del Obispo fueron arrestados temporalmente en uno de los cuartos del palacio episcopal y custodiados por soldados, y a Casaus se le notificó que se preparara para salir. Después de haber tomado algunas cosas de su propiedad y de haber hecho otros arreglos, el Prelado fué puesto en una litera y sacado del Palacio, bien escoltado por tropas ¹. Poco después, empezó al destierro. No obstante las acusaciones de los escritores anti-liberales ², parece que hubo muchas dificultades para tratar al Arzobispo conforme a su rango. Las facilidades de transporte eran tan pobres, que no fué necesario que el Arzobispo tuviera que cabalgar hasta su llegada a la costa; pero, según lo indican las cuentas, hubo que pagar ₡ 218 pesos por una mula equipada para su uso; los pajes para que lo acompañaran y cuidaran de sus prendas personales, costaron algo más de mil pesos; y se concedieron dos mil para los gastos en el resto de su viaje ³.

En casi todo el trayecto a la costa el Arzobispo y los frailes caminaron juntos, haciendo la ruta desde la capital de Guatemala hasta el Golfo Dulce, enseguida a Gualán y después a Omoa, en donde se embarcaron. ⁴ Casaus prefirió evidentemente irse a la Habana, en donde fué bien recibido por las autoridades españolas. Poco después de su arribada, el gobierno español ⁵ acordó una pensión de tres mil pesos a su favor y subsecuentemente se le nombró para ocupar la sede de la Habana, que él ocupó hasta su muerte, en 1845 ⁶.

Es de presumirse que, estimulado por el hecho de que Casaus había aceptado gajes de manos de la Madre Patria, en junio de 1830, el Congreso de Centro América lo declarara traidor, confiscando sus propiedades y diera contra él un decreto formal expatriándolo ⁷.

La noche en que el Arzobispo fué aprehendido, las tropas de Morazán también hicieron prisioneros a un gran número de franciscanos, dominicos y recolectos, que vivían en la capital ⁸. Así que los soldados rodearon los

¹ Montúfar, *Memorias*, p. 170; Manuel José Arce, *Memoria*, p. 123.

² Montúfar, *Memorias*, p. 170.

³ Bancroft; *Central América*, III, 103, 104; Lorenzo Montúfar, *Reseña Histórica de Centro América*, I, 157. "Una persona que lleva todo esto no puede decir que carece de arvi-siones. San Pedro no habría necesitado de tanto". Montúfar, *Reseña Histórica*, I, 157.

⁴ Arce, *Memoria*, p. 123; Haefkens, *Centraal Amerika*, p. 271.

⁵ Montúfar, *Memorias*, p. 171.

⁶ Marure, *Efemérides*, p. 61, 62.

⁷ Montúfar, *Memorias*, p. 171; Crowe, *Gospel in Central America*, p. 131.

⁸ Marure, *Efemérides*, p. 25; Montúfar, *Memorias*, p. 170.

conventos, los hermanos fueron llamados a pasar lista ¹, y se les mandó que montaran inmediatamente en los caballos y mulas que los aguardaban en los patios. Ignorantes de lo que les esperaba, pero temiendo lo peor, los frailes obedecieron, y en el acto fueron llevados bajo custodia militar rumbo a Golfo Dulce, en donde así que se les unió el Arzobispo, salieron todos hacia la costa y fueron puestos a bordo de dos barcos que estaban listos para zarpar ². Dichos barcos parece que se dirigieron primero a la Habana, donde desembarcaron la mayor parte de los frailes y el Arzobispo Casaus, pero un buen número de ellos siguió para Nueva Orleans en el barco norteamericano «Albany» ³.

Algunos de los frailes, especialmente aquellos de edad avanzada, murieron durante el viaje y otros después de haber llegado a su destino ⁴. De este desgraciado suceso se hizo mucha alharaca por los enemigos del partido liberal ⁵; pero parece que no hay duda que los prisioneros fueron tratados lo mejor posible. Los sufrimientos que pasaron fueron el resultado de circunstancias, más que del propósito de insultarlos y perseguirlos. Un fuerte chubasco se desató cuando ellos salían de la ciudad de Guatemala, y por algo que todavía no está claro, los frailes tuvieron que caminar a pié las primeras tres millas ⁶. La inclemencia del tiempo, es indudablemente que fué pésimo para los de edad avanzada, así como el choque mental que sufrían; pues muchos de los prisioneros creyeron que al arrestárseles, los iban a fusilar ⁷. Pero pronto se les dió seguridades de que no había tal riesgo, y se les facilitó cabalgaduras para casi todo el trayecto hasta Omoa. Más aún, se les dió suficiente tiempo para que descansaran y recuperaran en Gualán ⁸. Su alimentación a bordo fué crudo y simple y el agua que tomaban era mala; pero en cuanto a la comida y la bebida, eran las mismas de los marineros ⁹. Había esta diferencia, sin embargo: que los marineros estaban acostumbrados a ese tratamiento, mientras que los frailes nó. Debe tenerse en cuenta que el viaje fué largo y pesado; pues sólo para hacer la travesía entre Honduras y la Habana, se necesitaron diez y seis días; y se emplearon 52 antes de que los desterrados que se dirigían a Nueva Orleans llegasen a su destino ¹⁰.

Mas aún, las necesidades futuras de los frailes expulsados no fueron del todo olvidadas, pues el Gobierno Federal acordó que se les pagara una pensión de ciento cincuenta pesos, dinero que obtuvo de las propiedades de las Ordenes, las cuales fueron confiscadas prontamente por la República ¹¹.

La propiedad más valiosa de los frailes era la de tierras; las cuales el Gobierno trató de vender; pero como aparecieron muy pocos compradores, dichos bienes fueron arrendados en su mayor parte ¹². En cuanto a los tesoros encontrados en las casas de los frailes, y la disposición de ellos, los

¹ Haefkens, *Centraal Amerika*, p. 271. De acuerdo con Thompson *Narrative*, p. 191. En 1825 había en la ciudad de Guatemala cerca de ciento veinte frailes, que pertenecían a esas tres órdenes. Dice Haefkens (*Centraal Amerika*, p. 271) que fueron expulsados cerca de 60. No se sabe si hubo esfuerzos para distinguir los inocentes de los culpables, pero es completamente cierto que cuando el Arzobispo fué desterrado, no todos los miembros de las tres órdenes fueron desterrados del país. (Véase J. F. von Temsky, *Mitla*, p. 372).

² Montúfar, *Memorias*, p. 170; Haefkens, *Centraal Amerika*, p. 271.

³ Arce, *Memoria*, p. 123.

⁴ *Ibid.*, p. 124.

⁵ *Ibid.*; Montúfar, *Memorias*, p. 170.

⁶ Arce, *Memoria*, p. 123.

⁷ Haefkens, *Centraal Amerika*, III, 271.

⁸ *Ibid.*

⁹ Arce, *Memoria*, p. 124.

¹⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹¹ Haefkens, *Central América*, p. 276.

¹² *Ibid.*, p. 274.

escritores contemporáneos no están de acuerdo. Haefkens es de opinión que parte del botín no fué tanta como lo que se esperaba ¹; mientras que Manuel Montúfar dice, que era más de lo deseado ². Arce parece estar de acuerdo con el último ³; y es muy probable que ambos centroamericanos lo sabían mejor. De acuerdo con lo que dice Montúfar, al gobierno estipuló que los vasos sagrados y otras prendas eclesiásticas de valor y de trabajo fino, deberían ser entregados a la Catedral, que otros artículos serían distribuidos entre los curatos pobres y que los objetos de oro y plata que sobraran deberían ser fundidos y acuñados ⁴. Declara, sin embargo, que en su mayor parte la ejecución del plan fracasó, y que al final solamente unos pocos individuos obtuvieron ventaja con la confiscación del tesoro ⁵. Uno de los periódicos de aquel tiempo acusó a los soldados y al populacho del saqueo de los monasterios, pero tanto Arce como Montúfar desmintieron este aserto ⁶ y el último dice que los que sacaron provecho fueron las clases más ricas y los líderes. Según Montúfar grandes cantidades de objetos valiosos llegaron hasta Chiapas y la Colonia Británica de Belice, y sirvieron para pagar todas las cuentas mercantiles. Se dijo, según el mismo escritor, que después de que la plata llegó a la Casa de Moneda, un oficial tomó algo de ella en pago del sueldo que se le debía; y hasta se afirmó que algunas piezas del tesoro vinieron a ser propiedad particular del mismo Morazán ⁷.

No es posible averiguar que es lo cierto; pero ninguna persona familiarizada con la fragilidad humana, en general y con la corruptibilidad de los oficiales públicos, en particular, presumirá por un momento que se operó un milagro en el caso de que se trata, y que del tesoro se dispuso exactamente como se decretó, o bien que el gobierno dispuso que así se hiciera.

Aunque Morazán dió las órdenes para la expulsión de los frailes, lo hizo enteramente de acuerdo con el Presidente de la República y el nuevo Jefe de Guatemala y pasada la expulsión al Congreso Federal, dió las gracias al General en Jefe, por el celo que había desplegado ⁸. En efecto, de este tiempo en adelante, resulta que hubo un gran convenio general entre los Jefes liberales de las provincias y el Gobierno Central, de que a la Iglesia en todos sus aspectos debería ponerse de manera que no hubiera posibilidad de hacer daños al Partido Liberal. De acuerdo con tal idea, dos semanas después de que las órdenes religiosas habían sido desterradas, la Asamblea Legislativa de Guatemala, decretó la supresión de establecimientos monásticos para hombres, en toda la provincia, «por ser contrarios a la libertad y la igualdad republicana y por las hostilidades de la mayoría de sus miembros, contra las nuevas instituciones» ⁹. La única excepción que se hizo, fué a favor de los Belemitas Hospitalarios, quienes se dedicaban a enseñar y cuidar a los enfermos, y estaban lejos de toda sospecha. Se les permitió permanecer como sacerdotes seculares ¹⁰. Todas las propiedades de los establecimientos suprimidos fueron confiscadas por el Estado ¹¹. El mismo decreto obligó a

¹ *Ibid.*

² Montúfar, *Memorias*, p. 175.

³ Arce, *Memoria*, p. 175.

⁴ Montúfar, *Memorias*, p. 175.

⁵ *Ibid.*, p. 176.

⁶ *Ibid.*, p. 174; Arce, *Memorias*, p. 123.

⁷ "se habla de vasos y piezas tomadas o adjudicadas al primer jefe del ejército aliado: se habla de cantidad de de plata tomada en la casa de moneda por otro funcionario, ya a cuenta de sueldos, ya sin este pretexto". Montúfar, *Memorias*, p. 175.

⁸ Baneroft, *Central América*, III. 103, 104.

⁹ Haefkens, *Centraal Amerika*, p. 275-76.

¹⁰ Marure, *Efemérides*, p. 25.

¹¹ *Ibid.*, Crowe, *Gospel in Central America*, p. 131.

las monjas a secularizarse y dejar de seguir reclutando para los monasterios, prohibiéndoseles los nuevos votos ¹. El 7 de septiembre del mismo año, el Congreso Federal declaró que las órdenes religiosas no serían aceptadas o reconocidas en el país, y todas las provincias de la Confederación pronto ratificaron lo dispuesto ².

Los miembros de las órdenes religiosas que no fueron desterrados con el Arzobispo, tuvieron destino diferente. Los que se creían un peligro para el gobierno, tuvieron que salir del país, y en algunos casos fueron escoltados fuera de él; mientras que otros partieron por su propia iniciativa ³. Algunos prefirieron abandonar sus ropas eclesiásticas y quedarse dedicados al trabajo como seculares ⁴. Parece que la mayor parte de las monjas permanecieron fieles a sus votos y que su vida de claustro la renovaron con más ardor, lo cual justifica el porqué más adelante se les limitó en 1834, por un decreto prohibiendo a las autoridades retener a las que se negaban a residir en los conventos donde habían profesado ⁵.

Los edificios confiscados a las órdenes religiosas sirvieron para muchos usos seculares en general, de acuerdo con los planes progresistas de los Liberales. La casa de los Dominicos en la ciudad de Guatemala, vino a ser una prisión modelo, como las que se acaban de establecer en los Estados Unidos, pues fueron modificadas las celdas de los frailes, para acomodar criminales en ellas; otro convento que había en la capital fué ocupado por la Escuela Normal Lancasteriana; un tercero se convirtió en hospital público; mientras a otros se les empleó como cuarteles militares, o en conexión de los planes del gobierno para las reformas de la agricultura y el comercio ⁶. Los conventos en otras partes de la República fueron usados de igual manera ⁷.

Así que el peligro más inmediato para el Gobierno desapareció con la expulsión del Arzobispo y con las disposiciones contra el clero regular, los Liberales siguieron debilitando a la Iglesia en su parte secular, con decretos federales, en que se prohibía la promulgación, sin previo conocimiento del Gobierno, de las bulas papales de cualquier clase, ordenándose que los nombramientos de todos los altos dignatarios de la Iglesia fueran hechos por el Presidente de la República ⁸. Un paso más atrevido se tomó en Mayo de 1832, cuando el Congreso declaró la completa libertad de cultos, prometiendo la protección de todas las sectas,—medida que las Asambleas de los Estados se apresuraron a confirmar ⁹.

Naturalmente, en algunos casos los Estados se anticiparon al Gobierno Central en su legislación anticlerical ó se excedieron en ello. Quizá el mejor ejemplo de esto lo da Honduras, que declaró en Mayo de 1830 que los sacerdotes seculares podrían casarse y sus hijos ser herederos tanto como los descendientes de otros matrimonios; y lo que da a tal ley un interés especial es el hecho de que fué propuesto por un obispo que se había aliado con los

¹ Marure, *Efemerides*, p. 25; Crowe, *Gospel in Central America*, p. 131.

² Marure, *Efemerides*, p. 57, 59; Squier, *Nicaragua*, II, 409.

³ Montúfar, *Memorias*, p. 176; Squier, *Nicaragua*, II, 408.

⁴ Tempisky, *Mitta*, p. 372; G. W. Montgomery, *Narrative of a Journey to Guatemala, in Central America*, en 1838, p. 92.

⁵ Marure, *Efemerides*, p. 57.

⁶ *Ibid.*, pp. 62, 72, 87; Montúfar, *Memorias*, p. 176; Crowe, *Gospel in Central America*, p. 136.

⁷ Squier, *Nicaragua*, I, 372.

⁸ *Ibid.*, p. 371; Crowe, *Gospel in Central America*, pp. 131-132; Dunlop, *Central America*, p. 181.

⁹ Crowe, *Gospel in Central America*, pp. 131, 132. A consecuencia de este decreto, Frederik Crowe, misionero baptista inglés comenzó sus trabajos en Centro América. Permaneció allí hasta que la intolerancia religiosa fué restablecida, con la victoria de los SERVILES.

Liberales y que tenía asiento en la Asamblea Provincial ¹. Posiblemente, con el objeto de identificar más a los frailes seculares aliados también con la masa principal de la población.—Honduras imitada por Guatemala—decretó terminantemente que este grupo anómalo estaría bajo las leyes regulares de herencia y gozaría de todos los plenos derechos de la ciudadanía ². Al tiempo que el Gobierno Central proclamó la libertad de cultos, muchos de los estados dieron un golpe económico a la Iglesia, prohibiendo el pago de diezmos ³. En 1834, Costa Rica y Guatemala con la esperanza de eliminar uno de los medios más poderosos con que el clero contaba para dominar, declararon la abolición de todas las «fiestas» y días de Santos de la Iglesia Romana, excepto el domingo y cinco de los días de fiesta más sagrados ⁴. La idea de debilitar el poder sacerdotal hizo que en algunos de los Estados pronto se acordase la secularización de los cementerios ⁵; y fué la base para el decreto de Guatemala, de 1837,—y establecida el año siguiente por el Congreso Federal en que se declaró que el matrimonio debía ser reconocido ante la ley simplemente como un contrato civil. ⁶

Es dudoso saber si la Confederación Centroamericana pudo haber sobrevivido por largo tiempo, aún si se hubiera eliminado del todo ⁷ la influencia de la Iglesia, pues el egoísmo y el cisma creado por Delgado, impidieron la solidaridad de los Liberales; y los muchos elementos del grupo Servil, quien no se movía por interés religioso, estaban determinados a ganar la partida por cualquier medio; además, con estos últimos estaba aliado un fuerte elemento Británico, representantes oficiales, así como individuos particulares quienes trabajaban constantemente por derrocar a Morazán y su partido, porque los liberales habían resuelto dominar la ambición Británica y sus proyectos en el Istmo ⁷. Así, pues, el Catolicismo Romano resuelto ser la causa más directa e inevitable para la caída de los Liberales y la ruina de la Unión. Esto se debió a que en sus esfuerzos para destruir la amenaza clerical, el Gobierno simplemente aumentó el poder del enemigo. Pues aunque, por un continuo esfuerzo, los Liberales habían hecho que la iglesia se convirtiese de un monopolio religioso, sostenido a expensas del público, en una organización privada muy reducida en riqueza y aparentemente de más fáciles medios de dominación la cual debería luchar contra otras asociaciones religiosas, que podrían establecerse en el país; y aunque la parte más inteligente del pueblo había llegado a ver con desprecio muchas de sus enseñanzas y a ridiculizar muchas de sus prácticas ⁸; era tan firme la garra de los sacerdotes sobre las masas ignorantes, que no sólo no tuvieron buen resultado con las leyes que intentaban libentar a la gente más humilde de la influencia clerical ⁹, sino que aumentó formidablemente el ardor de las masas en pro de la Iglesia y gracias a las prédicas del clero encolerizado, la desconfianza y el temor de los Liberales creó en ellas una solidaridad que a ser dirigidas por un fraile, pudieron emplearse con resultado desastroso.

¹ Marure, *Efemérides*, pp. 60, 61; Karl Scherzer, *Wanderungen durch die Mittel-Amerikanischen Freistaaten*, p. 316. La ley fué improbadada el siguiente año, pero la parte relativa a herencias fué nuevamente decretada en 1833. (Véase Arce, *Memoria*, pp. 60, 61).

² Marure, *Efemérides*, p. 82.

³ *Ibid.*, p. 71

⁴ Crowe, *Gospel in Central America*, p. 136; Montúfar, *Reseña Histórica*, II 78.

⁵ Montúfar, *Reseña Histórica*, II. 78.

⁶ Marure, *Efemérides*, p. 93.

⁷ Mary W. Williams, *Anglo-American Ist'mian Diplomacy*, p. 3.

⁸ "... todos los jóvenes, que están sobre la clase trabajadora, a pesar de ellos (los frailes) han absorbido las opiniones de los infieles, y no tienen empacho en decir que la revelación cristiana es una fábula ridícula, y que los frailes son comediantes y tramposos". (Dunlop, *Central América*, p. 342).

⁹ Dunlop, *Central América*, p. 343, and *passim*; Montúfar, *Reseña Histórica*, II. 78.

Este poder en manos de la Iglesia había varias veces mostrado sus posibilidades siniestras en la tenaz oposición que en todas partes se hacía a las innovaciones ocasionadas por las medidas económicas del Gobierno; o en forma de levantamientos en las provincias contra las medidas que parecían poner en peligro la religión; y sólo se esperaba el momento oportuno para producir una bien ramificada y victoriosa resistencia. Tal oportunidad se presentó en 1837, cuando la epidemia del cólera azotó el país. En cuanto apareció, los Indios del distrito de Mita, influenciados por los sacerdotes y por otras gentes malévolas, se alborotaron a causa del sistema del jurado—incomprensible para ellos—y el cual iba a ser puesto en vigor. La epidemia se propagó rápidamente, y el Gobierno, con la esperanza de aliviar en algo la situación, despachó todos los médicos competentes y los estudiantes de medicina, a las comarcas apestadas, llevando medicinas para la distribución. Pero el resultado de su misión casi fué de ningún provecho, y los nativos murieron por miles. La ola del terror, que el clero vigilante supo aprovechar al momento, invadió el espíritu de los desgraciados. La enfermedad, según los sacerdotes, era causada porque los Liberales envenenaron los ríos y las fuentes con la intención de deshacerse de los nativos y repoblar el país con extranjeros. En prueba de ésto se señalaba un pedazo de terreno de la Verapaz recientemente concedido a una compañía británica de Colonización. Un grito de alarma se levantó entre los indios frenéticos, contra los supuestos asesinos y contra los usurpadores extranjeros. Antes de que pudieran escapar, algunos de los médicos fueron capturados y asesinados, empleándose varias formas de tortura¹.

De tal manera la insurrección se inició en el distrito de Mita; pero rápidamente se propagó, obteniendo apoyo no solamente de las masas ignorantes, sino de los aristócratas Serviles y de los desterrados políticos y religiosos—que habían regresado al país—y por último, de aquellos que desertaban de la causa Liberal ya en derrota. El Jefe de los aborígenes de Mita, era un joven mestizo analfabeta: Rafael Carrera, quien al principio era solamente un instrumento en manos de los frailes; pero su prestigio y verdadera importancia aumentaba con la revuelta y pronto fué aclamado como general y Comandante en Jefe del ejército heterogéneo, que acudía a rodearlo. Estimulado por sus éxitos militares y animado por los eclesiásticos, este mozalbete ignaro y salvaje pronto llegó a considerarse como un hombre predestinado a quien el Todo Poderoso, encomendara destruir el orden existente para favorecer un sistema del cual él sería el fundador².

Antes del levantamiento de Carrera, el país se hallaba inquieto: el Gobierno Federal mostraba serias señales de desmoralización y el separatismo era ya una epidemia entre las provincias. Cuando estalló la insurrección entre los indios, Francisco Morazán, que por dos periodos había sido Presidente, encabezó las tropas liberales y combatió donde quiera que aparecían los que se armaron para destruirlo. Pero las ventajas eran del otro bando. En Abril de 1840, la derrota de Morazán fué tan decisiva, que con un puñado de sus fieles partidarios huyó a Chile, dejando tras sí la ruina de la Confederación a discreción de los Serviles. Dos años más tarde, cuando Morazán regresó

¹ Marure, *Efemérides*, pp. 95, 96; Crowe, *Gospel in Central America*, p. 141; Dunlop, *Central America*, pp. 192, 194; Montgomery, *Narrative*, pp. 142-3.

² "Ellos (los frailes) anunciaron a los nativos que él era el ángel Rafael, su protector, que bajaba de los cielos para tomar venganza sobre los herejes, los liberales y los extranjeros y restaurar su antiguo poder. Inventaron varias triquiñuelas para mejorar la farsa, las cuales proclamaban ser milagrosos. Del techo de una de las iglesias fue arrojada una carta, en medio de una vasta reunión de indios, y la cual pretendía venir de la Virgen María, comisionando a Carrera para encabezar una revuelta general contra el Gobierno y asegurándole la ayuda visible del Cielo!" (Squier. *Nicaragua*, II. 429-30).

con el propósito de restaurar la unión de las provincias, creyendo demasiado en el entusiasmo que se tenía por su ideal, fué derrotado, hecho prisionero después de la insurrección a que dieron origen sus empréstitos forzosos y fusilado el 15 de Septiembre de 1841. Con él pereció la más alta esperanza de Centro-América.

The Hispanic American Historical Review, vol. III, N^o. 2, Mayo de 1930, Baltimore, Md.

COMENTARIOS

"The Hispanic American Historical Review" acaba de ofrecer a su distinguido público el ensayo que la Dra. Williams ha escrito sobre la política eclesiástica de Morazán y de sus correligionarios liberales, y que, traducido al español tengo la complacencia de presentar a los espíritus atentos de Centro América. Este ensayo es uno de los capítulos de la biografía que sobre el gran centroamericano está preparando la Dra. Williams, y, a la vez, un testimonio ferviente del interés que manifiestan los estudiosos norteamericanos por las investigaciones históricas en Hispano-América, ennobleciendo la tradición iniciada por Prescott y Bancroft, proseguida por Winsor y reanimada ahora por el entusiasmo de tan prestantes maestros como el Dr. James Alexander Robertson.

La obra de rehabilitación y propaganda que emprende la Dra. Williams le da mérito conspicuo para ser el escritor mejor informado de la vida y sueños de Morazán, de que se tenga noticia en los Estados Unidos, aun contado Squier. Para tal estudio ha consultado los papeles de la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California, así como lo que hay de disponible en las de Washington y Nueva York.

Cuantos leyeren este ensayo deben saber que la Dra. Williams es actualmente profesora de Historia de América, especializando la enseñanza de la de España en Europa y en este hemisferio, así como la de Hispano-América desde la emancipación política. Descendiente de familia escandinava, es oriunda de California. Hizo sus estudios en las Universidades de Stanford, de California y de Chicago, habiendo permanecido un año en Europa prosiguiendo investigaciones de su preferencia intelectual. Sus diplomas de Maestra de Artes (1908) y de Doctora en Filosofía (1914), son ejecutorias tan sobresalientes como los servicios que ha prestado en las escuelas públicas de California, en la Facultad de la Universidad de Stanford; en la del Colegio de Wellesley, y desde 1915 a la fecha en el Departamento de Historia del Goucher College, Baltimore. Su libro más elogiado por la crítica es "Anglo-American Isthmian Diplomacy" (1815-1915), editado por la Lord Baltimore Press (1916), y por la American Historical Association, y que mereció el premio Justin Winsor de Historia de América en 1914, habiendo sido la tesis que presentó al obtener el diploma de filosofía. En 1916 la casa de R. G. Badger, de Boston, publicó su "Cousin-Hunting in Scandinavia", y en 1920, MacMillan Company, dió a la estampa su "Social Scandinavia in the Viking Age". Como experta en Geografía ha prestado servicios a Honduras en las cuestiones de límites con sus informes cartográficos y geográficos, suscritos respectivamente en septiembre de 1918, abril de 1919 y enero de 1920. Es colaboradora de "Historical Outlook" y de la "Hispanic American Historical Review", y últimamente ha aparecido en el "Journal of International Development" su artículo jugoso en defensa de la Unión de Centro América.

NOTAS DEL TRADUCTOR

a) La palabra "dictador" que la Dra. Williams aplica al general Morazán casi no fué empleada por los autores que cita; pero muchos historiadores, sin embargo, se inclinan a usarla tomando en cuenta que Morazán la merece por la autoridad militar que ejerció como comandante general del ejército. Hay una frase lapidaria de don Ramón Rosa en el pedestal de la estatua del Héroe en Tegucigalpa: "Al que despreció la dictadura por fundar el gobierno de la democracia", pero en verdad una crítica sin violencias no dejará de reconocer que un caudillo que siempre estuvo a caballo, combatiendo a sus implacables enemigos, no podía ejercer sino una dictadura de hecho, más o menos justificable. La que le ofrecieron los Serviles, y que es el argumento cardinal de la pieza dramática. "Los Cons-

piradores" de don Luis Andrés Zúñiga, era una dictadura de derecho, como la presidencia vitalicia e irresponsable que años después lograron que Carrera aceptase.

b) No se ha podido encontrar la carta atribuida a Morazán y destinada al señor arzobispo Casaus. La biblioteca Bancroft en California, es una de las mejor pertrechadas de material histórico de Centro América en el exterior y la autora de este ensayo no la pudo encontrar allí. Talvez Haefkens la conoció en los archivos de Guatemala si se tiene presente que dicho escritor vivió en aquella capital y fué contemporáneo de los sucesos que relata. Aunque el estilo epistolar de Morazán tiene fuego y ritmo, es un fuego de llama tranquila y un ritmo de espíritu equilibrado, y no se compadece el tono de la carta mencionada con el de su epistolario. El Dr. Eduardo Martínez López, conocedor a fondo de la literatura morazánica, ha empeñado la promesa de publicar la correspondencia del Héroe, prestando así el servicio que Larrazábal a la biografía de Bolívar.

c) Marure y Scherzer llaman obispo a Márquez,—Vicario de la Diócesis de Comayagua,—el segundo copiando quizá al primero. Se trata de un error sin trascendencia, ya que el P. Márquez ejerció el gobierno del Obispado interinamente.

d) Morazán estuvo en Chile, según Bancroft; pero Squier, Wells y Koebel,—de quienes debe haber tomado el dato la Enciclopedia Biográfica Americana de Apleton,—repiten que permaneció desterrado en el Perú.

RAFAEL HELIODORO VALLE

Washington, 1920.



Reliquias existentes en la Iglesia de Orosi

Por Eladio Prado

Las Estaciones del Vía Crucis

(Concluye)

II.—Jesucristo toma la Cruz

Considerándolo a la par del primero, se tiene inmediatamente en este paso del viacrucis—la impresión de estar frente a otro Nazareno; defiriendo éste, de aquél, en el rostro, tamaño del cuerpo, y en algunos otros detalles, empezando porque el rostro no está bien hecho.

Viste túnica azul. Lleva los pies desnudos. Se abraza a la cruz, bajo cuyo peso se inclina el cuerpo. La lleva sobre el hombro izquierdo, mientras mantiene, el equilibrio, sosteniendo la cabecera del madero con una de las manos. Tiene abierta la mano que le queda libre, la derecha; y ésta es grande y pálida.

Las rodillas, muy pronunciadas, ceden el peso de la cruz.

Un soldado, lanza en mano, detrás de Jesús, le sujeta por uno de los hombros con una cadena. Este soldado calza unas medias vueltas que dejan desnuda la mitad de la pantorrilla, y viste de corpiño azul y una especie de enagueta rosada. Cubre sus espaldas un manto rojo, que baja vuelto desde la frente, tapándole cabeza y orejas. Este curioso manto, en donde arranca, desde el nacimiento del pelo en la frente, forma en su principio, a ambos lados de ésta, dos pequeños protuberancias, una a cada lado, que hacen el efecto de pequeños cuernos. La cara de este hombre es feísima, con grandes ojos de sapo que saltan de las órbitas. Cejas muy escasas. Nariz corta. Boca inmensa con labios muy gruesos (trompudo, como decíamos cuando muchachos) y muy rojos, los cuales tiene contraídos.

Delante del Nazareno, tirándole de una cuerda, que tiene amarrada a la cintura, encontramos otro soldado, cuyo brazo izquierdo apoya en la cruz. ¡Qué sombrero tan extraño el que cubre su cabeza!, blanco, con el ala vuelta que termina en picos en forma de dientes. Se presenta de perfil; es un tipo judío completo. Del cinto le cuelga una sable bayoneta o algo que se le parece.

El contraste que forman las tonalidades de los colores, rojo, rosado, azul, siena, etc., produce un efecto de luz encantador en el conjunto del cuadro.

La escena se desarrolla al salir de un palacio, de ancha portada y arco achatado. El fondo lo componen parte del palacio, columnas, arcos, y al final un patio iluminado por un rayo de sol rojizo.

III.—Primera caída de Jesús

Este es un cuadro curioso. Reconozco al Nazareno de la segunda estación que ha recobrado, eso sí, un rostro bello y ensimismado en el dolor!

Está caído sobre un charco de sangre y asido fuertemente a la cruz. Trata de levantarse apoyándose en una piedra que le impide el paso.

Han cambiado a excepción talvez de uno, los personajes que maltratan al señor. Son cuatro o seis (hay confusión en la pintura). Uno lleva una bandera roja; dos tienen el manto de cuernos que cubriéndoles desde la frente, y vuelto, les cae hacia atrás, como el que hemos descrito anteriormente; y otro se cubre la cabeza con un turbante oriental.

Todos, con expresiones de disgusto, impaciencia y odio, están cerca del gran caído.

Pero entre estos verdugos, el más curioso es sin duda aquél que trata de levantar al Nazareno, alzando la cadena con que le trae sujeto, mientras le da de puntapiés. Con la mano izquierda trata de alzarle, en tanto que levanta la derecha en la cual tiene bien cogido un fuerte garrote; semejante al as de bastos de la baraja española; con actitud amenazadora, listo a descargarlo sobre el Cordero.

Curioso y divertido, digo, este sujeto por el traje que gasta. Por la fisionomía se me parece bastante al que encontramos en la primera estación, al del casco romano, que, dicho sea de paso, pues olvidé consignarlo antes, tiene barba cerrada. Olvidó el pintor el traje que le había puesto, y aparece aquí con otra indumentaria: pantalón corto, rojo; blusa azul, sin enagueta; medias vueltas. De la cabeza le cuelga hacia atrás la piel de un animal con manchas negras, cuya piel tiene metida hasta la frente y muestra las pretuberancias de que hemos hablado ya, en forma de pequeños cuernos.

El fondo es un cielo con nubes, y el gran palacio a no lejana distancia.

IV.—Jesús encuentra a su Madre

El mismo Jesús del paso anterior; bello Jesús que encuentra en su doloroso camino a su Madre, que arrodillada le tiende los brazos!... La túnica de María es de un color morado claro, entre siena y rosa. Bella, la cara de la Virgen, con marcada imperfección, eso sí, en el rostro hacia la nariz. Detrás de Ella encontramos de rodillas al discípulo amado de Jesús, Juan, que viste túnica azul y manto rojo. Presenta una cara de mancebo, pintada con bastante perfección y de expresión rica.

Cambió el traje de los cuatro soldados que llevan el Cordero al matadero! El de barba cerrada se despojó de la piel, y dispuso cambiar su túnica o blusa larga (o mejor corpiño largo, ajustado) por uno blanco con mangas rojas. Quien sabe si tendrá dolor de cabeza, porque se la ha ceñido con un pañuelo, como si le doliera. Pero este dolor no impide que siga amenazante, levantando sus «ras de bastos» sobre Jesús. Y quizá de tanto fruncir ceño y figura se le ha arrugado la cara, porque le encuentro revejido al pobre.

Aparece más galán el soldado de la cabeza envuelta, el del turbante o gorro turco que ahora, a la luz de la tarde—están en pleno campo—parece más bien un casco romano. Si este ganó en hermosura, en cambio a uno de sus compañeros le ha crecido la nariz, en tanto que tenemos un nuevo personaje, mitad desnudo, que encoge la barba y muestra unos dientes de lobo que dan miedo.

Remata el fondo un palacio, talvez el de Pilato, que ostenta una hermosísima torre circular, quizá una atalaya, blanca, cuya cúpide tiene la figura de un pilón. Esta torre tiene alguna lejana semejanza con la cúpula de nuestra hoy Iglesia Metropolitana de San José.

Predomina el azul.

V.—Le ayuda el Cirineo

Empiezo a desconocer a mi Señor. Aquí apenas le sombrea el bigote en tanto que la barba ha desaparecido casi por completo. Yo no sé a quien acusar del cambio, si a la falta de memoria del artista, a o al abuso de la sombra, o, quizá lo más probable, al tiempo que ha ido acumulando polvo sobre polvo.

Estamos frente a un camino escabroso bajo un cielo arremolinado.

El Cirineo, detrás del Nazareno, le ayuda a levantar la cruz. Cubre su cabeza un turbante blanco; viste manto rojo y media túnica o enagtieta, clara. Calza medias vueltas, con bordes rojos. Admira la corpulencia de este hombre; qué piernas! se parecen de bronce! Los ojos muy pequeños, la cara achatada, la barba partida.

Tres soldados llevan casco romano con cimero de plumas rojas que caen en la mitad del casco. Todos tienen barba; son jóvenes y hermosos que lucen las piernas descubiertas, el colorido de cuya piel es hermosísimo, a lo menos en uno de ellos. Las calzas—como los que ya hemos descrito tantas veces a manera de medias vueltas son aquí de color celeste; rematando la vuelta en lazos rosados.

En algunos de los personajes de esta pintura, es dificultoso adivinar el rostro: diríase una visión que empieza a materializarse. A este respecto tendríamos que repetir la observación que hemos

consignado más arriba: o los ha obscurecido el tiempo o están sucios; me parece que limpiándose mejorarían en un cincuenta por ciento cuando menos y podría apreciarse más, tanto este como los demás cuadros. Hay detalles difícil de distinguir.

Uno de los soldados toca a todo viento una corneta que tiene la figura de una serpiente en acecho, enrollada en la mitad del cuerpo.

VI.—Encuentro con la Verónica

El fondo lo constituyen un cielo nublado y un palacio o castillo. En el suelo un gran charco de sangre.

Verónica, arrodillada, extiende el lienzo del santo rostro, un rostro muy rojo, bien distinto del original.

El manto y la túnica pintados al siena natural. La cara imperfecta.

El rostro del Nazareno tiene mucha vida.

El pobre Cirineo ha envejecido; parece jorobado y ha disminuido su tamaño, por lo que se ve que no le ha sentado el oficio.

El soldado que ya reconocemos, el de la nariz larga, el de cejas tupidas, ha encogido la barba a tal punto que casi se le junta con la nariz, presentado aquí una cara de verdadero diablo. Tira la cuerda que tiene Jesús amarrada a la garganta; y lleva en la cabeza un turbante de pieles que se me parece algo a la piel de animal con manchas negras, que llevaba en la tercera estación, y que en ésta es apenas si se distingue.

Dos de los soldados han perdido su belleza.

Como en muchas de las pinturas antiguas, por no decir todas, falta en este cuadro, como en todos los que forman el vía crucis, la perspectiva en cuanto al tamaño comparado de edificios con personas: las figuras que forman palacios se ven demasiado cerca y aumentan considerablemente el tamaño de los personajes.

Las líneas de éste, como de algunos otros, no me atrevería a calificarlas: algunas me parecen suaves, otras fuertes sin que pueda afirmar una u otra cosa, aunque me inclino a las primeras.

Predomina el Siena.

VII.—Segunda caída de Jesús

Caído! El rostro difiere de los anteriores. Hay armonía en las facciones; hay belleza, indudablemente la hay a pesar de las imperfecciones que se notan en las líneas:

Pasa, el cortejo, por una de las puertas de la ciudad, cuya muralla ocupa casi todo el fondo del cuadro.

Hay tres figuras. El Cirineo, el soldado del casco y el de los azotes. Las tres muy oscuras, muy imperfectas. No me gustan.

En el resto del cuadro encontramos algo de cielo, parte azul, parte nublado.

VIII.—Habla a las Hijas de Jerusalén

Nimbo de luz detrás de la cabeza del Nazareno, que tiene sangrienta la frente al rededor de la corona de espinas. Carga nuevamente la cruz. Avanza con el pie izquierdo. Le cuelga al cuello la larga y pesada cadena que conocemos, cuyo extremo lleva ahora en la mano un oficial romano de hercúleo brazo, personaje que no habíamos visto todavía; usa coraza, espada al cinto y la media túnica, color siena, le baja hasta arriba de la rodilla, que lleva descubierta así como la mitad de la pierna. Calza sandalias color café y las medias vueltas que ya conocemos, éstas, azules, las sostiene un lazo rosado.

Este oficial tiene una barba muy poblada; su nariz es larga, aguileña; el bigote afeitado, saltados los ojos. Lleva un casco de metal con penacho de pluma.

Otro oficial o soldado de aspecto joven, ayuda, con un garfio, a sostener detrás del Señor, el peso de la cruz.

A la vera del camino hay dos mujeres arrodilladas, una de las cuales mantiene un niño en el brazo izquierdo, mientras extiende el derecho y muestra la mano abierta; pero qué mano! parece más bien un cangrejo!

En la persona del Nazareno se esmeró el pintor, descuidando los personajes restantes.

Con el fondo hay un paisaje. El cielo es azul, sin nubes. Y este mismo color predomina en el conjunto del cuadro.

IX.—Tercera caída de Jesús

Jesús enteramente caído por tierra, agarrado a uno de los brazos de la cruz que forma rectángulo con El. Un sayón ayuda a sostener el madero.

Volvemos a encontrar tres sujetos conocidos de media túnica y pierna desnuda.

Hay un dato curioso: la cadena, de tanto tirarla se ha ablandado a tal punto que se ha convertido en cuerda, de la cual, naturalmente, tira con toda fuerza uno de los acompañantes, mientras que otro, que ha puesto irreverente el pie sobre Jesús, levanta una vara lista a caer sobre el manso Señor.

La escena se desarrolla al pie de una larga muralla.

Se ven léjos, montañas y cielo.

Predomina, quizá, el color carmesí.

X.—Jesús es despojado de sus Vestiduras

El Gran Ajusticiado está de pié, a medio desnudar, sobre un charco de sangre. El cuerpo acardenalado vierte sangre y un nimbo de luz le rodea la cabeza.

El fondo es un cielo anubarrado, amenazante, listo a desencadenarse en tempestad.

Le rodean, a Jesús, un centurión con lanza y casco y dos verdugos con la típica enagueta o media túnica.

Uno de ellos le tiende un vaso de mirra (sabemos que es de mirra pero parece más bién de cerveza.) El otro le habla, haciéndole indicaciones con el índice de la derecha.

Tiene, el Señor, las manos atadas por delante del cuerpo.

Difficil indicar el color que domina.

XI.—Jesucristo es Crucificado

Muy interesante.—El fondo está formado por un cielo anubarrado, en donde se destaca, en primer término, un edificio con grandes torres, talvez el templo de Jerusalem. De otro lado montes de escasa o ninguna vegetación.

La crucifixión tiene lugar en un cerro, o mejor, loma inclinada. Cristo, con los ojos vueltos en blanco, yace sobre la cruz; que descansa en el plano inclinado de la loma, de tal manera que permite a los verdugos operar de pie, mientras crucifican. Uno de estos, clava la mano derecha de Cristo, de la cual salta la sangre a borbotones. La izquierda está ya clavada. Hay un centurión de bella apariencia recostado de este lado de la loma.

Un tercero trata de llevar los pies al lugar de la cruz que está de antemano preparado para recibirlos.

Hay un canasto con herramientas propias para el caso, y dos espectadores que conversan entre sí, mientras uno de ellos señala al Crucificado.

Predomina el siena natural.

XII.—Jesús muere en la cruz

El tema es Cristo crucificado entre dos ladrones. Bellas figuras las tres. Uno de los ladrones es viejo, muy barbudo; el otro es joven, sin bigotes ni barba. Ambos amarrados y crucificados en sus respectivas cruces: tienen un pie y una mano clavados a la cruz, y amarrado, a la altura del codo, el brazo cuya mano está sin clavar.

Los tres yacen muertos.

Magdalena, de rodillas, se abraza a los pies de Jesús, pero con el rostro de frente al espectador. Bella figura de mujer! dolorida! El color de su túnica es el siena.

La Virgen María está de pie; su manto es azul y su túnica roja. Tiene las manos entrelazadas y es dolorosa su mirada.

Juan, con hábito siena y manto rojo, mira con dolor al Maestro y tiene puesta, sobre el pecho, la mano derecha; el brazo izquierdo extendido.

Un cielo azul en un fondo oscuro, muy oscuro que apenas deja entrever, como entre sombras, muy lejos, a Jerusalem.

Predomina el azul.

XIII.—Jesús es bajado de la cruz

Entre las sombras del no menos sombrío atardecer, surge del fondo, confusa la ciudad deicida.

Hay una escalera arrimada a la cruz, en cuyo pie descansa recostada y sentada, la bellísima Madre de Piedad que sostiene en su regazo el cuerpo exánime de su Hijo. La posición en que está colocado Jesús es muy forzada y antinatural.

La Virgen cubre su cabeza y su cuerpo con manto azul que cae sobre la túnica entre rosada y roja. Bellísimo su rostro, bella también la mano que tiene colocada sobre el pecho, como bello aún, el rostro de Cristo que sostiene María con la diestra. Ambos rostros están rodeados de un nimbo de luz.

La pintura está muy dañada; cuesta trabajo adivinar el brazo de Jesús que cae del regazo de la Virgen, pues hay una rotura grande, en forma de triángulo, que coge la pintura en regular extensión, hacia la mitad. Esta rotura no es de hoy, pero no debe ser muy antigua, pues se colocó en su tiempo un pedazo de lienzo, pintando sobre él las líneas que faltaban. Esta reparación coge parte de uno de los brazos de Jesús y parte de ambas piernas.

El remiendo resulta muy inferior al original.

XIV.—Sepultura de Jesús

Este cuadro es muy oscuro y de líneas muy fuertes.

Llevan en una sábana el Santo Cuerpo, entre Nicodemus, de luenga barba, nariz aguileña y ataviado de ricas vestiduras de armiño y grana, y José de Arimatea, vestido de violeta. A un lado siguiendo el cortejo, va Magdalena, y al otro Juan, la Virgen y una mujer.

La Virgen tiene las manos entrelazadas y mira a Jesús.

Juan llora, como la otra mujer.

Magdalena besa la mano de Jesús que cae de la sábana y su larga y rubia cabellera se desparrama sobre el cuerpo del Señor.

Bella, únicamente, la cara de la santa mujer que acompaña el cortejo, la cual aparece entre María y Juan.

A la par de la pecadora convertida se ve un vaso rico de unguentos.

El Ilmo. y Revdmo. Señor don Agustín Blessing

NACIO en Wurtemberg, Alemania, el 11 de mayo de 1868. Hizo sus estudios eclesiásticos en el Liceo de Rottenburg, e ingresó en la Congregación de la Misión el 23 de setiembre de 1887.

En junio de 1893 llegó a Costa Rica, siendo todavía novicio, en compañía de Monseñor Stork. Se ordenó de sacerdote en esta capital el 24 de febrero de 1894 y seguidamente fué nombrado profesor de Ciencias Naturales e Historia en el Colegio Seminario, del cual fué luego prefecto de disciplina.

En enero de 1899 salió para Talamanca donde vivió seis años evangelizando a los indios y haciendo estudios de su lengua y de sus costumbres.

En enero de 1905 fué nombrado Rector del Seminario, puesto que desempeñó durante dieciséis años con admirable celo. En las vacaciones reglamentarias del Colegio iba siempre en misión a Térraba, Boruca y Talamanca.

En los primeros meses del año próximo pasado se hizo de nuevo cargo de las misiones de Talamanca y Térraba, entregando la rectoría del Seminario a su sucesor Doctor Olhemüller.

De aquellas apartadas regiones del país fué llamado por la Santa Sede en julio, para que entrase a la administración del Vicariato de Limón, del cual acaba de ser nombrado Vicario en propiedad con la designación de Obispo titular de Tegea.

Monseñor Blessing, sabio y humilde sacerdote lazarista, ha ligado su nombre a Costa Rica por sus trabajos en beneficio de los indios de Boruca y Talamanca y por su amor a la juventud de nuestra tierra. La REVISTA DE COSTA RICA saluda a su ilustre colaborador y le desea mucho acierto en su naciente episcopado.



Diego Peláez ⁽¹⁾

Por Manuel J. Jiménez

La inmigración española efectuóse en Costa Rica después de la conquista, lentamente.

Este rincón de nosotros era entonces tan paupérrimo, que no podía ofrecer halago pecuniario al inmigrante, y por lo tanto, dicho queda que en el mundo nos miraban con desdén. Allá de vez en cuando llegaba un forastero a la ciudad; allá de tarde en tarde arribaba a nuestras playas algún náufrago del bajel de la fortuna, que habiendo perdido en la borrasca de la vida el amor a la opulencia, refrenaba su ambición; algún desdichado peregrino, que habiendo caminado sin ventura en otras partes y mirando en nuestra mísera provincia, tesoros abundantes de sencillez y de virtud, paraba su carrera, y prendado de esta tierra, de este clima y de esta gente, asentaba aquí su tienda patriarcal, y confortado en su nostalgia con la lumbre apacible del hogar, adoptaba por su patria, a la patria de sus hijos: Costa Rica.

Fué Diego Peláez uno de esos náufragos venido a nuestra tierra a fines del siglo xvi. Había nacido en España en el año de 1565, pues en 1625 declaró ser de 60 años de edad. Vino a Costa Rica por el año de 1590, pues en la información que entonces levantó Francisco Ramiro, figura Peláez como testigo de asistencia, y en ese documento no se le califica como vecino sino como estante en la ciudad, lo cual prueba que era entonces muy reciente la fecha de su venida.

En documentos de 1599, aparece como Teniente de Alcalde Mayor de Nicoya.

Nicoya fué la primera tierra centroamericana que cayó bajo el dominio español; sus costas las recorrieron los dos primeros navíos que surcaron el Pacífico, aquellos dos navíos construidos por Vasco Núñez de Balboa en la isla de las Perlas. Nicoya sirvió de base a la conquista de Nicaragua y después a la de Costa Rica. Formó una jurisdicción por separado, pero desde el principio adscrita a la Gobernación de esta provincia.

Don Fernando de la Cueva fué nombrado en 1593 para Gobernador de Costa Rica y Alcalde Mayor de Nicoya por 12 años, así es que en 1599 Diego Peláez servía el cargo de Alcalde Mayor como Teniente del mencionado don Fernando.

De ese Alcalde no se ocuparon los cronistas, porque para ello habría sido preciso que él pasara de los lindes infranqueables que separan lo vulgar de lo notable, y Diego Peláez no fué no-

(1) *Boletín de la Biblioteca Nacional*.—Año II, San José, 6 de Abril de 1900, Núm. 12.

table sino más bien vulgar. Sin embargo, nosotros afirmamos que su administración en Nicoya fué pacífica por una sencilla razón: porque la paz es la nota característica de nuestra historia. Los costarricenses fuimos desde el principio esencialmente pacíficos. ¡Qué se pierda todo, absolutamente todo, pero que se conserve la paz!; tal parece ser nuestra divisa. Felipe II, indudablemente debía de estar inspirado por un espíritu profético cuando dictó: *Fide et Pace* por mote de nuestras armas.

Muchas veces hemos estado a punto de romper hostilidades con propios o con extraños, pero un incidente cualquiera, inesperado, providencial, nos aparta del inminente peligro para que sigamos gozando eternamente de la paz.

Corría el mes de enero de 1599. Diego Peláez cobraba tranquilamente el tostón y el tributo para Su Majestad, cuando hé aquí que la llegada repentina de un correo cambió totalmente el aspecto de las cosas en Nicoya.

Fernando López de Gastaco, Juez Comisario para la defensa del Realejo, transmitía la noticia que por conducto de la Audiencia Real de Guatemala, enviaba el conde de Monterrey, Virrey de Nueva España, para que a su vez Peláez la enviara a los alcaldes de Esparza y estos al Gobernador de Costa Rica, a fin de que, sin pérdida de tiempo, transmitida a Panamá, pudiera llegar oportunamente al Virrey del Pirú, en la ciudad de los Reyes.

El suceso era muy grave. Avisaba el Conde de Monterrey que en la mar del Sur, en la parte que dicen de California, se habían visto cinco velas que se entendía ser de ingleses.

Como estaban tan frescos los recuerdos de la cruel visita del corsario Drake, el Presidente de la Audiencia dispuso que todos los puertos se mantuvieran apercebidos para la defensa, y que de ellos no saliera buque alguno para ninguna parte.

Diego Peláez, al recibir esa noticia, dió por hecho consumado la catástrofe, pues los tres navíos que se estaban construyendo en las riberas del golfo de Nicoya, a su juicio, iban a servir de incentivo poderoso a la codicia insaciable del corsario. Inmediatamente transmitió la noticia a los de Esparza y dió principio a sus trabajos de defensa.

Había que cuidar especialmente de los tres embareaderos, a saber: el del Rey, el del Capitán Alonso de Enciso y el del astillero. Para eso se debían poner en juego todos los recursos; encender el patriotismo de los veinte españoles que estaban construyendo los navíos, mover todos los indios, requerir todas las flechas, prevenir asaltos, en fin, hacer un verdadero plan de campaña.

Al día siguiente no más, ya estaba Diego Peláez en el astillero de Nandayori dictando las órdenes del caso; que Pedro de Aipide se constituya en caudillo del astillero; que del chinchorro de Alonso de Enciso se vaya Pedro Romero a Cabo Blanco para que

se esté allí de centinela; que el Alcalde de Santa Catalina envíe al instante, sin dilación alguna, dos indios al vecino cerro, desde donde se divisa toda la bahía, para que estén en espía y en atalaya, a fin de que si entran algunas velas den el parte y hagan fuego, para que los demás centinelas hagan la propia seña y cunda el aviso, y como a los arcabuceros españoles les falta lo principal, que es la pólvora, se envíe por ella sin tardanza a Nicaragua.

Tomadas estas medidas, regresó Peláez a Nicoya en donde se ocupó en adiestrar militarmente a sus flecheros. Mandó hacer reseña y alarde general: contaba con doscientos indios flecheros.

Habían de este modo trascurrido veintidós días de fatiga, cuando el centinela de Santa Catalina llegó a Nicoya diciendo que se veía una vela en la entrada de la bahía.

Peláez en el acto se puso en movimiento: envió cincuenta indios a reforzar el astillero, y él se dirigió con cien a *La Despensa de Su Majestad*, punto cercano al embarcadero real (Boca del Tempisque).

Allí supo que la vela parecía de barco o fragata larga y que venía subiendo por el estero del Rey.

El Teniente partió enseguida. Puso sus flecheros emboscados en las partes más cómodas para ofender al enemigo, y de esta suerte esperó el momento oportuno para dar principio a la defensa del territorio y al castigo del corsario.

Serían las ocho de la noche cuando llegó un soldado a darle parte de que la vela que había entrado en el estero era de gente española y no de corsarios ingleses. En efecto, era la fragata del maestro Juan Bautista de Herrera, que venía de Paita con un cargamento de vinos. El peligro, pues, había pasado.

No sabemos cuanto tiempo durara la zozobra de Peláez, pero sí sabemos por la Historia que los corsarios no vinieron en ese año.

En el reloj de los tiempos no había sonado todavía la hora fatídica de Esparza, la hora pirática de Sharp. Bien podía seguir Nicoya dormitando, reclinada en su indolencia; bien podía Diego Peláez dispersar y dar descanso a sus flecheros, pues las cinco velas corsarias que se vieron en California iban guiadas en las soledades del océano por la buena estrella de este país, caminando hacia las regiones opulentas del Oriente. El lance, pues, no pasó de simple susto.

En aquel mismo año acaeció el tránsito por Nicoya del nuevo Gobernador don Gonzalo Vázquez de Coronado, quien traía en su compañía a su hija doña Andrea, joven que a Peláez debió de parecer muy guapa, pues en seguida se apartó de la Alcaldía, se vino para Cartago y se casó poco después con ella.

Diego Peláez aparece en 1600 como corregidor de Quepo; en 1601 como juez de naturales para Tierra Adentro; en 1604 como

defensor del Adelantado en el juicio de residencia, y en 1622 como escribano público y de Gobernación. Estos datos revelan que Peláez fué hombre de alguna cultura intelectual.

El recuerdo de sus servicios militares queda inolvidable en los documentos que refieren la jornada que emprendió don Alonso de Guzmán contra los indios de Ayoaque, pero para apreciar bien esos servicios, es preciso referir antes un episodio cruel de nuestra historia. Hélo aquí: El gobernador don Alonso de Guzmán tomó posesión de su destino el 9 de enero de 1619. Fué duro su gobierno; duro con los españoles, y con los indios durísimo. Hombre de carácter dominante, de nadie admitía ningún reparo, y como era también de genio atrabiliario, con nadie usaba de respeto. Cada vez que don Alonso tenía caliente la cabeza, soltaba unas palabras de reniego tan atroces que hacía temblar a sus oyentes. El genio del Vicario provincial, bachiller Lope de Echavarría, era lo mismo, inaguantable; y, por eso, luego entraron ambos en discordia.

Cierto día, de los primeros del gobierno de Guzmán, en que estaban la justicia y regimiento reunidos en Cabildo el señor Gobernador, ardiendo en ira por las cosas del Vicario, zapateaba y maldecía con escándalo de todos.

«Yo no quedaré contento, decía con voz de trueno, mientras no haya ahorcado a doce clérigos».

Y el más valiente regidor, tratando de calmarlo, respondía:

Pero señor Gobernador...

«Nada, y ahorcado también a doce frailes, ¡Voto a Dios! y a un Papa en medio de ellos».

Pero, don Alonso, don Alonso de Guzmán... «Callad, no me llaméis así; que yo me llamo don Alonso de los diablos».

Aquella escena impía llenó de espanto a la ciudad, porque dió medida exacta de cuanto era capaz de hacer aquel tirano.

A juzgar por los aislados datos que aún existen, esas frases sanguinarias de Guzmán debieron traer a la memoria de los tímidos vecinos los relatos pavorosos que contaban de otro tiempo sus mayores. Este, decían, será como Anguciana, que puso a los frailes del convento en rudo cepo, maniatados junto a un poste, con cadenas a sus pies; que ultrajó con la cárcel y prisiones a cuantos fueron en su contra y dió azotes por las calles a personas distinguidas de Cartago. Este será como el viejo Perafán, que sin admitir la apelación ante la Audiencia, mandaba en el campamento de Arariba ahorcar al acusado. El cetro cruel del rey Herodes, las listas fatídicas de Sila, la antorcha incendiaria de Nerón; todo eso, a su juicio, iba a ser nada comparado con las nuevas cadenas de Anguciana, que ya tenían encima, o con la cuerda infamante de Arariba, que ya sentían en la garganta.

De veras aquellas palabras impías de don Alonso fueron oídas en toda la provincia, cual si fuesen la oficial promulgación del rei-

nado del terror, a lo menos así lo dan a entender los viejos documentos del Archivo.

Una de las cosas que más les encargaban los reyes a los gobernadores era que cuidaran mucho de los indios; que se indagaran en persona de la causa de sus males; que les oyeran ellos mismos las quejas de sus agravios. Razón por la cual don Alonso de Guzmán, después de recibir en la ciudad los aplausos de su venida y después de dar en la Sala del Cabildo aquel notable escándalo, a manera de programa de gobierno, dispuso hacer su obligada visita de inspección a todos los pueblos de su mando.

La visita se efectuó prolijamente. Don Alonso llegó hasta San Mateo de Chirripó, en donde, por ser pueblo fronterizo con los indios infieles y de guerra, habíase anteriormente establecido un presidio militar. Allí permaneció durante varios días, inquiriendo los daños que existían, meditando en el remedio y, sobre todo, descansando de las penas del camino.

Allí también estaba el Capitán Diego Peláez, pues según él mismo lo declara, había ido haciendo compañía al señor Gobernador.

Durante la estada en Chirripó salieron unos indios, mensajeros del pueblo infiel de Aoyaque, ofreciendo someterse de su grado al poder del Rey de España, para lo cual sólo pedían que el señor Gobernador enviara con ellos una escolta de soldados que les diera garantías contra los otros indios rebeldes, que eran mucho más que los de Aoyaque.

Aquella embajada fué para Guzmán de gran satisfacción, pues le sugirió un proyecto que a su juicio había de ser provechoso a la provincia. La ciudad estaba en un estado lamentable: La iglesia, el cabildo y las casas particulares necesitaban de frecuentes reparaciones, pues siendo como eran pajizas, el viento las descubría y las gastaba luego el tiempo; mas para hacer tales reparos eran precisos los indios y los indios de servicio o naboríos se estaban acabando. Era, pues, urgente buscar aquellos brazos; en los montes los había, pues a traerlos de los montes.

Sin embargo, éso no se podía decir así, tan claro, porque las leyes del decoro lo prohibían, pero ¿a qué caudillo le han faltado nunca palabras para probar la justicia de sus agravios, la justicia de sus abusos o la justicia de sus venganzas?

En aquel campamento de seguro resonaron entonces palabras de profunda indignación por las guerras fratricidas que tenían entre sí los aoyaques, hebenas y cureros; por las incursiones salvajes que abatían a Chirripó y por la muerte injusta que sufrió el misionero fray Rodrigo. Con eso había y sobraba para llenar el expediente. ¡La guerra es justa! ¡Santiago, cierra España! y adelante.

Un correo fué despachado en el momento para don Juan de Guzmán en Cartago, lugar teniente y hermano del señor Gobernador,

ordenándole que hiciese leva de soldados y viniera con ellos a reforzar la expedición. Nada había que replicar. ¡Soldados, a las armas!

En efecto el Capitán don Juan de Guzmán al frente de 42 soldados, equipados como Dios les dió a entender, se puso en camino para la provincia de Ayoaque, y más allá de Chirripó, en el asiento viejo de Guizarí pudo darle alcance al fogoso general.

Todos caminaban a pie; los malos pasos de los ríos, las ciénagas frecuentes y las altas serranías hacían tan fragoso aquel camino que no podían ir de otra manera. Así fueron entrando y corriendo las tierras enemigas, lo cual quiere decir, así fueron entrando y devastando las pobres rancherías que encontraban de camino. Llegaron por fin a las riberas solitarias del Tarire y en ellas acamparon varios días.

Diego Peláez lo declara y refiere de este modo: "llegada que fué la infantería y el dicho Gobernador al sitio de un cañaveral, que estaba de esta otra banda del río Tarire, que es donde de esa otra banda solía estar el pueblo de Ayoaque, se asentó allí el real y fué necesario desmontar aquel sitio."

Es decir, acamparon en el mismo punto en donde antes estuvo la ciudad de Talamanca, pues así lo expresó después don Juan de Mendoza y Medrano, en los términos siguientes: "y don Alonso llegó con el dicho aparato al mismo sitio del pueblo que desampararon los indios cuando se alzaron."

Los aoyaques salieron de los montes con sus hijos y mujeres y ofrecieron, cumpliendo su palabra, vasallaje y sumisión. Sin embargo, don Alonso, desconfiado, observó que los indios traían en sus manos las lanzas, los arcos y las flechas, quizás las mismas armas que sirvieron para la muerte del fraile misionero, y aquello, en verdad, no le gustó.

Inmediatamente reunió una junta de guerra para deliberar. Aquella junta, recordando probablemente la sesión municipal y el vigente programa de gobierno, fué de parecer y conceptuó de falsa paz la de los indios, por haberle hablado al general con las armas en la mano. La junta no quiso reparar en la señal de verdadera paz que daban los aoyaques al traer consigo a sus mujeres y a sus hijos; sospechó, recelosa, una traición y resolvió *¡Vae Victis!* que perecieran los aoyaques en traición!

En consecuencia, se dispuso construir a la ligera una iglesia de horcones, forrada de cañas por los lados, fuerte y espaciosa en donde se pudiera con el pretexto de una misa, encerrar y aprisionar a los indios falaces del Ayoaque.

Y así se hizo. Ahí están los documentos auténticos que dicen: "Y habiendo hecho la iglesia, un día de domingo, habiendo entrado en ella a oír misa, apercebidos los soldados con sus armas, hizo que prendiesen y maniatasen a los dichos indios y así maniatados y presas a sus mujeres, hijos y familias, los trajo a Cartago, que hay 30 leguas."

Hé aquí, pues, el punto más oscuro, la página más negra de toda nuestra historia colonial. Hablarle de paz al enemigo para lograr su infalible perdición; tenderle mano amiga, abrir los brazos para con ellos mismos estrujarlo; convertir el templo en emboscada, trocar el blanco altar en negro ardid y quizás alzar el cruento cáliz por señal de ruin combate, ¡oh infamia vergonzosa! ¡Oh traición inicua! ¡Eso no lo puede perdonar nunca la historia!

Sí, que incline la cabeza el Capitán Diego Peláez, que estaba allí presente; que la incline avergonzado ante la historia por haber tomado parte en las cadenas de Aoyaque.

Sin embargo, seamos justos, en aquellos tiempos remotos estaba la autoridad asentada sobre bases de granito; el monarca era absoluto y eran también absolutos sus agentes, así es que no podía Diego Peláez enfrente de su jefe ser compasivo ni humano, porque allí muy cerca estaba el siniestro campamento de Arariba.

Don Alonso de Guzmán hizo su entrada triunfal en Cartago. Todo en la vida es relativo. Para Cartago aquel suceso debió tener subidísimo interés. Conquistar a tantos hombres, sin pérdida de vidas, sin sangre derramada, por medio tan sólo del engaño; conducirlos prisioneros por un áspero camino, sin fugas, ni tumultos ni peligros; sacarlos a *mecate* de manera tan sencilla, debió de ser hazaña tenida en la ciudad por un hecho singular y por lo tanto, es natural que los vecinos todos acudieran cuando menos a Toyogres, para ver entrar, ufanos, los soldados vencedores y amarrados los vencidos naturales. Por allí debió de estar atenta doña Andrea Vázquez de Coronado, la esposa de Peláez, seguida de sus dos hijas doña Antonia y doña María Vázquez de Coronado, que en cuanto a los dos hijos varones llamados Alonso Peláez y Juan Vázquez de Coronado, de seguro que habían ido hasta Ujarraz.

El desfile debió de ser interesante. Don Alonso traía una presa numerosa; uncidos a su carro victorioso venían ancianos y muchachos, caciques y capitanes, mujeres abatidas con sus niños a sus pechos y hombres enflaquecidos con cadenas a sus pies, en fin, allí venían cautivos y sumisos los indios del Aoyaque.

Mientras se terminaba el proceso los indios fueron encarcelados en la ermita de la Soledad y allí permanecieron por más tiempo de dos meses, vigilados por una guardia fija de soldados. Diez o doce caudillos expiaron en el patíbulo la ciega confianza que pusieron en la iglesia del Tarire; más de cien indios murieron enfermos en la ermita y los otros que vivieron fueron entregados al servicio de los prohombres de Cartago.

Los trabajos que entonces padecieron esos indios infelices constan en los viejos e inéditos papeles del Archivo; "y de gran hambre y otras necesidades les dió tan gran enfermedad que murieron de 400 que eran, la tercia parte, y, fué tan grande la hambre que padecían que fué fuerza dalles licencia para que saliesen de

la prisión en tropas con guardas a pedir limosna por las calles y milpas y que saliesen algunos vecinos a pedilla por ellos por las costas, todo lo cual no bastó para podellos sustentar hasta que porque todos no perecieran, como al cabo han venido a perecer, se le dió arbitrio que diese a los vecinos que los quisiesen los que pudiesen sustentar y les sirviesen por el sustento y entonces los repartió a los que eran sus íntimos amigos."

Cuadro pavoroso debió de ser aquel que entonces ofrecía la ermita convertida en estrecha y sucia cárcel. ¡Qué escenas de dolor no debieron verse allí, qué gemidos y lamentos no saldrían de aquel recinto arrancados por el frío, por el hambre y por la sed! ¡Cuántos ayes doloridos no pondrían los prisioneros en las plumas de los vientos para enviarle de ese modo su postrera despedida a la patria abandonada, y con qué acento de amargura no alzarían su voz para decir: nadie volverá a tender en las aguas de los ríos nuestras redes pescadoras ni a disparar veloces y certeras nuestras flechas cazadoras; ya pueden los peces del Tarire confiados lamer en las orillas y las aves de los bosques mirar seguras en sus alas las plumas de colores, y las fieras alimañas impunes salir de sus guaridas; porque estos infelices cazadores del Aoyaque, derribados en tierra por una mano despiadada que les ahoga, desfallecen y mueren cautivos en Cartago.

Basta. Apartemos nuestros ojos de aquella escena lamentable, cubramos con un velo de piedad aquel suceso inicuo y dejemos que la historia maldiga con sus fallos al tirano.

El nombre de Peláez no figura en el reparto de los indios de Aoyaque. Aquel botín lo dividieron entre sí, tan sólo los pudientes y él fué pobre a juzgar por los datos que consigna el testamento de su viuda, otorgado en 1657. Ella en ese documento se lamenta de la pobreza en que vivía: "dice que su hijo Alonso la ha cuidado y mantenido en su viudez y que en la estancia de Toyogres, como había venido tan a menos, solamente se contaban unos pocos animales señalados con su fierro de marcar."

Los cortos bienes de Peláez no alcanzaron, pues, a cubrir los gastos más urgentes de su viuda octogenaria. De aquel hato de Toyogres solamente quedó firme y perdurable el fierro de marcar; tan firme y perdurable que todavía lo están llevando en sus paletas las jersys que tiene Ricardo Jiménez en San Juan. (1)

A Peláez, sin embargo, no le debió de preocupar mucho la pobreza, porque abrigaba abundantísima confianza en la misericordia pródiga del cielo. Vivió en tiempos de encendida fé, así es que para no apartarse ni en un ápice de la senda señalada por la Santa Madre Iglesia, cruzaba resignado las tormentas de la vida seguro

(1) La hacienda de San Juan del Irazú, antes de don Ricardo Jiménez, hoy de don Emilio Robert.—*N. de la D.*

de alcanzar mejor con ellas los tesoros inagotables de la misericordia divina. De ello quedan testimonios manuscritos en los viejos papeles del Archivo.

En efecto, en cierto día del año de 1624, estaban reunidos en la esquina de la plaza varios vecinos principales de Cartago. Don Alfonso de Guzmán, formando también parte del corrillo, contóles la porfía que acababa de tener con los frailes del convento.

Don Alonso sostenía que si él estuviera confesado, comulgado y con propósito firme de la enmienda, bien le podía pedir a Dios el cielo de justicia. Diego Peláez no fué de aquel mismo parecer, pues le respondió al señor Gobernador: "que no se metiese en aquello, porque nadie podía saber si estaba en gracia de Dios y que mejor era ofrecerse a su misericordia infinita."

La fe de Peláez, por lo tanto, era una fe firme, firmísima: la fe del carbonero. Con razón, pues, era tan bien recibido en el Convento, porque según él mismo lo declara visitaba como amigo a los frailes franciscanos.

Como se vé por todos estos datos que dejamos consignados, Diego Peláez fué tan sólo un modesto vecino de Cartago. Nació, vivió, murió; he aquí su historia, que es la historia condensada de la inmensa mayoría de los mortales. Diego Peláez militó siempre en las filas de esa mayoría; había nacido y vivido y para completar su historia sólo morir le faltaba.

Era el año de 1630. Ya Peláez caminaba agobiado por los años y es natural, por lo tanto, que acercándose a la muerte pusiera su pensamiento en el tránsito final y su amistad en aquéllos que le habían de encaminar. Por eso se le veía con frecuencia en el claustro del Convento, sentado en un escaño, arrebujado en ancha capa, cabizbajo y pensativo, aguardando la hora en que a las puertas de la iglesia resonara lúgubre y solemne el postrer adiós: *per misericordiam Dei requiescant in pace. Amen.*

La vejez vive tan sólo de recuerdos. Peláez vivía, por lo tanto, de los suyos. Reclinado en el escaño del Convento, dejaba que su espíritu subiera en alas del recuerdo a lo más alto de aquel cerro de Santa Catalina, para ver nuevamente el bellissimo paisaje que había visto en los días de su alegre juventud; para contemplar desde allí, cómo el sol naciente iba dorando con sus rayos encendidos los copos vâporosos que en la bóveda del cielo había regado la aurora; cómo la tierra estaba de gala, vestida con deleitable verdura, cubierta de árboles y plantas y de flores de incomparable hermosura; cómo las aguas veleidosas de la mar, encerradas y cautivas en el golfo, se balanceaban suavemente en un rítmico vaivén; cómo las aves soltaban sus cantos regalados y tendían al aire sus alas multicolores; y cómo la savia de la vida tropical

circulaba exuberante en las costas nicoyanas. Era en fin, tan completa su ilusión, que miraba una vela de fragata subir lentamente por las aguas tersas del estero y hasta llegaba a percibir del Maestre Juan de Herrera aquellas buenas nuevas que portaba de alta mar.

Sin embargo, no siempre eran tan gratos sus recuerdos ni tan plácidas y amenas las visiones de su espíritu, pues a veces miraba correr un ancho río, cuyas aguas silenciosas discurrían serpenteando por un bosque solitario, terrífico y sombrío, en donde cada árbol, con la luna proyectaba un fantasma; cada rama, con el viento, lanzaba un alarido; y cada hoja, con las gotas de rocío, lloraba amargamente.—¡Oh, te reconozco: eres el Tarire!, decía Peláez acongojado. No importa que las sombras de la noche, cual un paño de luto, hayan caído sobre ti, eres el Tarire. Por tus aguas surcaron las fragatas de Juan García Cordero; a tus orillas se alzó la ciudad de Talamanca; allí se irguió triunfante la bandera de Castilla, espanto de los hebenas; aquí se hundieron, sepultados en la hierba, los escombros del Castillo, ludibrio de los cavécares; en aquella otra banda estuvieron los palenques del Ayoaque; en ésta la iglesia *traicionera*; y al pie de aquella ceiba gigantesca, ahora tan marchita y arruinada, acampamos nosotros varios días.

Los frailes franciscanos, mientras tanto, cantaban en la iglesia, con canto de dolor, salmodias armoniosas, llenas de piedad y penitencia y henchidas de tristeza, y a los oídos de Peláez llegaban concertadas, pavorosas y solemnes las palabras del Profeta: *miserere mei Domine quoniam infirmus sum*.

Como ya sus sentidos se estaban apagando no podía dar a esas palabras todo el alcance que tenían. Maquinalmente respondía:

¡Señor, Señor, ten piedad de mí, que estoy sin fuerzas!, pero su espíritu vagaba suelto, ágil y libre en derredor de todos los hechos pasados de su vida. Ponía sus ojos nuevamente en los campos desolado del Ayoaque y encontraba más callado el río, más medroso el bosque y la ceiba cada vez más arruinada.

En el desfile de los tétricos recuerdos de Peláez, aquella ceiba majestuosa del Tarire había ido perdiendo una a una todas sus hojas y, unas tras otras, todas sus ramas. Ya no circulaba bien en ella la savia vigorosa de la vida, y por eso, falta de alimentos, no pudo resistir el suave impulso de una brisa pasajera: crujieron sus fibras al romperse, giró sobre su base y cayó tendida por el suelo.

En aquel supremo instante resonaban por los ámbitos del claustro los acentos armoniosos que venían desde la iglesia. Jamás en el Convento se habían repetido como entonces, tan profundamente melancólicos los gemidos de David. Un *miserere* pavoroso cruzó los aires, resonó lúgubrementemente en las alturas y fué a parar a las

regiones confortables de la fe, al mismo tiempo que el eco de un suspiro traspasaba los dinteles de la muerte e iba a resonar en los arcanos impenetrables de ultratumba.

En efecto, Diego Peláez, desfallecido, dejó caer su bastón de peregrino, cerró sus ojos a fantásticas visiones, lanzó un suspiro y, por fin... volvió a la vida, a la vida en donde el sol de la justicia, cruzando por las bóvedas del cielo, sin oriente y sin ocaso, resplandece visible eternamente.

Tucurrique, 26 de febrero de 1900.



¡Automovilistas!!!

Empleen sólo en sus coches los **Magnetos** alemanes **Bosch** que son siempre los mejores.

Empleen siempre las **Bujías** alemanas **Bosch** y ahorran mucho dinero.

Tenemos grandes existencias en almacén a muy buenos precios.

Solicite nuestro catálogo y precios para la exportación hoy mismo.

SEIJO & VALDÉS

EXPORTADORES e IMPORTADORES

LA CORUÑA, Ciudad (ESPAÑA)

Al hacer su pedido indique el nombre de la "Revista de Costa Rica"

AVISO AL COMERCIO

Tenemos agentes en todos los centros industriales de Alemania y España, para hacer cumplir a las fábricas los contratos formalizados y su pronto despacho. Consultenos precios. Comisión 3%.

DIRIJASE A LOS

EXPORTADORES e IMPORTADORES

SEIJO & VALDÉS

LA CORUÑA, Ciudad (ESPAÑA)

Depositarios de las **correas inglesas** para transmisiones marca **Bufalo** y aceites lubricantes.

Depositarios y Agentes generales de la casa **Scheidt & Reichard**, de Koln., Alemania, de **Perfumería en General**.

Exportamos carteras de Ubrique, para caballero, de piel de Rusia, de foca y otras, cosidas a mano. Pídanos muestras.

LA INDUSTRIA NACIONAL MEJOR MONTADA

Cada compra que haga Ud. en "EL LABERINTO" es una economía de ORO para la Nación

TELAS:

Céfiros y Cotines

Driles

Paños de mano

Chales de Algodón

Revise el borde
y vea si son legítimos

Todos los Tejidos
de
EL LABERINTO
llevan en el borde
los colores
de la Bandera Nacional

No destiñen, son fuertes
y elegantes.

**E
L
L
A
B
E
R
I
N
T
O**

JABONES

EXTRA

SUPERIORES

Su calidad y precio
compiten
con cualesquiera otros

MADERAS:

El mejor y más completo
ASERRADERO
: : de la República : :

Depósito permanente
de

MADERAS

Compañía Industrial, EL LABERINTO

APARTADO No. 105

::

TELEFONO No. 254

SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.

Libros y canjes recibidos

- El Instituto Americano de Derecho Internacional*, Robert Bacon.
- La Declaración de los Derechos y Deberes de las Naciones por el Instituto Americano de derecho Internacional*, Elihu Root.
- Comisión encargada del estudio de la responsabilidad de los autores de la guerra e imposición de penas.*
- El Tratado de Paz con Alemania ante el Senado de los Estados Unidos*, George A. Finch.
- Album*, Poesías por Rubén Yglesias Hogan, San José, Costa Rica.
- La Fiesta de la Raza*, Sesión celebrada en el Centro Aragonés de Barcelona
- Monografía del árbol de Santa María del Tule*, por Casiano Conzatti, México
- Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid.
- Boletín del Centro de Estudios Americanistas*, Sevilla.
- Unión Ibero Americana*, Madrid.
- Boletín Oficial del Ministerio de Instrucción Pública*, Madrid.
- Boletín de la Unión Panamericana*, Washington.
- Los Vecinos*, Los Angeles, California.
- The Philippine Agricultural Review*, Manila.
- Aladino*. (Revista para niños) México, D. F.
- Juventud*, San Luis Potosí, México.
- Boletín de la Biblioteca Nacional*, México, D. F.
- El Libro y el Pueblo*, México, D. F.
- Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre*. Bolivia.
- Boletín de la Biblioteca Nacional del Ecuador*, Quito.
- Proteo*, Guayaquil, Ecuador.
- Luz de Oriente*, Santiago de Cuba.
- Nuestra América*, Buenos Aires, R. A.
- Educación*, Managua, Nicaragua.
- Mundo Ilustrado*, San Salvador, El Salvador.
- Ateneo de Honduras*, Tegucigalpa.
- Boletín de la Escuela de Varones*, Tegucigalpa, Honduras.
- Boletín de Agricultura, Industria y Comercio*, Guatemala.
- Revista La Salle*, Panamá.
- Boletín Postal*, San José, Costa Rica.
- Boletín de la Biblioteca Nacional*, San José, Costa Rica.
- La Escuela Costarricense*, San José, Costa Rica.
- Repertorio Americano*, San José, Costa Rica.
- Reproducción*, San José, Costa Rica.
- Diario del Comercio*, San José, Costa Rica.
- La Verdad*, San José, Costa Rica.
- El Eco de Alajuela*, Alajuela, Costa Rica.
- El Litoral*, Limón, Costa Rica.

LIBRERIA TREJOS HERMANOS

Apartado RR SAN JOSÉ, COSTA RICA América Central

Catálogo de obras de autores nacionales

Alfaro Cooper.	
<i>La Epopeya de la Cruz</i> , 1 tomo 15 x 21 de 137 págs.....	¢ 1.50
Béeche, Octavio.	
<i>Estudios de Derecho Constitucional</i> , pasta.....	2.00
Cardona, Jenaro.	
<i>El Primo</i> , 1 tomo 15 x 20 de 290 págs.....	1.00
Carmona, José Daniel.	
<i>De San José al Guanacaste</i> , 1 tomo 14 x 21 de 235 págs.....	4.00
Durán h., Carlos.	
<i>Cuentos Germánicos</i> , 1 tomo 13 x 21 de 22 págs.....	1.25
Echeverría, Aquileo.	
<i>Poesías, Conchertas, Epigramas</i> , 1 tomo 15 x 23 de 64 págs.....	1.00
Fernández Güell, Rogelio	
<i>Plus Ultra</i> , 1 tomo 12 x 19 de 255 págs.....	3.00
<i>Poesías</i> , 1 tomo 14 x 21 de 152 págs.....	1.00
<i>La Clave del Génesis</i> , 1 tomo 12 x 18 de 87 págs.....	1.00
<i>Psiquis sin velo</i> , 1 tomo 16 x 22 de 348 págs.....	4.50
Fernández Guardia, Ricardo	
<i>Crónicas Coloniales</i> , 1 tomo 14 x 20 de 319 págs.....	3.50
<i>Reseña Histórica de Talamanca</i> , 1 tomo 16 x 24 de 198 págs.....	3.00
<i>Hojarasca</i>	2.50
González Rucavado, Claudio	
<i>Escenas Costarricenses</i> , 1 tomo 14 x 21 de 103 págs.....	1.00
<i>Egoísmo</i> , 1 tomo 15 x 24 de 185 págs.....	1.00
Gagini, Carlos.	
<i>Diccionario de Costarriqueñismos</i> , 1 tomo 18 x 26 de 275 págs.....	5.00
<i>Los Aborígenes de Costa Rica</i> , 1 tomo 13 x 19 208 págs.....	1.00
<i>El Arbol Enfermo, El Erizo, Latino</i> , novelas en 1 tomo 13 x 19 de 150 págs. ...	1.00
<i>La Sirena</i> , novela, 1 tomo 14 x 21 de 124 págs.....	2.00
<i>La Caída del Águila</i> , novela, 1 tomo 13 x 17 de 181 págs.....	1.50
Garnier, José Fabio.	
<i>Pasa el Ideal</i> , teatro, 1 tomo 14 x 20 de 32 págs.....	0.50
<i>Agua Santa</i> , teatro, 1 tomo 14 x 20 de 32 págs.....	0.50
<i>A la Sombra del Amor</i> , 1 tomo 11 x 15 de 168 págs.....	2.00
González, Luis Felipe.	
<i>Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica</i> , 1 tomo 15 x 22 de 320 págs.....	5.00
García Monge, Joaquín.	
<i>Hijas del campo</i> , 1 tomo 12 x 15 de 168 págs.....	1.00
<i>Abnegación</i> , 1 tomo 12 x 19 de 89 págs.....	1.00
<i>El Moto</i> , 1 tomo 11 x 16 de 80 págs.....	1.00
Jinesta, Ricardo y Carlos.	
<i>La Instrucción Pública en Costa Rica</i> , 1 tomo 12 x 17 de 291 págs.....	2.00
Junoy, Ramón (Presbítero)	
<i>Qué es la Teosofía?</i> Conferencia, 1 tomo 20 x 27 de 46 págs.....	0.50
Magón.	
<i>La Propia</i> , Cuentos, 1 tomo 12 x 16 de 296 págs.....	2.50
Núñez, Francisco María.	
<i>La Evolución del Periodismo en Costa Rica</i> , rústica.....	2.00
Sotela, Rogelio.	
<i>Valores Literarios de Costa Rica</i> , 1 tomo 12 x 21 de 195 págs.....	3.00
Trejos.	
<i>Geografía Ilustrada de Costa Rica</i>	1.50
<i>Revista de Costa Rica</i> , mensual, al año.....	5.00

NOTAS: Todos estos tomos son en rústica.

El colón (¢) moneda nacional, equivale a ¢ 0.46 1/2 cent. oro americano.
Descuento transitorio 40% y franquicia de porte.

CONSTRUCTORES Y PROPIETARIOS

Con nuestra máquina a mano pueden fabricarse toda clase de tejas planas para tejado de corona, teja de encaje con listón de cierre y teja flamenca. No se necesita **carbón**. No se pagan transportes, se fabrican en la misma obra. Fácil manejo y gran potencia. Las tejas de cemento son impermeables e insensibles contra la intemperie. Su color no se altera.

Para 1000 tejas son necesarios 1600 kilos de gravilla y 550 de cemento. Un obrero puede hacer 45 tejas por hora. Para cada metro cuadrado de tejado son necesarias 16 tejas, que pueden ser de color rojo, gris, plata y negro. Pida nuestro catálogo.

Con nuestra máquina de moldes, de fabricación alemana, pueden fabricarse al pie de la obra todos los ladrillos necesarios para la misma.

Economía: Incluyendo el costo de amortización de la máquina, materiales y jornales, el metro cuadrado de muro cuesta 13 Pesetas.

Resistencia: Las pruebas de resistencia de los mismos fabricados con nuestra máquina se han hecho con una carga de 55120 kilos.

Producción: 4 obreros en 8 horas fabrican 17 metros cuadrados de muro. Gasto de fabricación: cada metro cuadrado contiene 13 ladrillos, cada bloque pesa 20 kilos. Para 200 bloques (17 metros cuadrados) se emplean: 1 metro cúbico de arena, 1 de gravilla, 300 kilos de cemento y el jornal de 8 obreros en jornada de 8 horas.

Precio de la máquina 5000 Pesetas franco puertos de esta República. **Pida nuestro catálogo.** Tenemos a la disposición de nuestros clientes una gran colección de proyectos de Chalets que resultan sumamente económicos y pueden fabricarse por el sistema de fabricación de nuestra máquina. **La teja y los ladrillos no necesitan cocción.**

IMPORTADORES SEIJO & VALDÉS LA CORUÑA,
EXPORTADORES (ESPAÑA)

Al hacer su pedido indique el nombre de la "Revista de Costa Rica"

De Mucho Interés

FABRIQUE VINOS ESPAÑOLES

Con 4 pesos, puede hacer 100 litros de vino español. No se necesitan aparatos y se pueden fabricar las clases siguientes: Rioja, Clarete, Castilla, Gallego, etc.

Remítanos 25 pesetas por giro bancario o postal y le enviaremos extracto de vino (enocianina) para hacer 1000 litros de buen vino, e instrucciones para su uso.

PIDA INFORMES DE NUESTRA FIRMA COMERCIAL

TENEMOS EXTRACTOS PARA TODA CLASE DE VINOS Y LICORES

SEIJO & VALDÉS

EXPORTADORES é IMPORTADORES

LA CORUÑA, Ciudad (ESPAÑA)

LA INDUSTRIA NACIONAL MEJOR MONTADA

Cada compra que haga Ud. en "EL LABERINTO" es una economía de ORO para la Nación

TELAS:

Céfiros y Cotines

Driles

Paños de mano

Chales de Algodón

Revise el borde
y vea si son legítimos

Todos los Tejidos
de
EL LABERINTO
llevan en el borde
los colores
de la Bandera Nacional

No destiñen, son fuertes
y elegantes.

**E
L
L
A
B
E
R
I
N
T
O**

JABONES

EXTRA

SUPERIORES

Su calidad y precio
compiten
con cualesquiera otros

MADERAS:

El mejor y más completo
ASERRADERO
: : de la República : :

Depósito permanente
de
MADERAS

Compañía Industrial, EL LABERINTO

APARTADO No. 105 :: TELEFONO No. 254

SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.